

ppi 201502ZU4645

Esta publicación científica en formato digital es continuidad de la revista impresa
ISSN 0798-1171 / Depósito legal pp 197402ZU34



CUESTIONES POLÍTICAS

Instituto de Estudios Políticos y Derecho Público "Dr. Humberto J. La Roche"
de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad del Zulia
Maracaibo, Venezuela



Vol.32 | **No 56**

**Enero
Junio
2016**



¿Euroslavia? El resurgimiento de Rusia y de Alemania y sus respectivos aportes geopolíticos a la eurasiatización de la Europa post-atlántica*

*Makram Haluani***

Resumen

¿Se está gestando una Euroslavia? Europa está comprobando cada vez más la presión político-militar de una Rusia, eslava, eurasiática y resurgiendo en el mapa geopolítico pan-europeo, respaldada por China. Rusia ostenta ambición geo-estratégica más allá de su zona europea y centro-asiática tradicional del Extranjero Cercano, y aspira beneficiarse del importante capital tecno-industrial europeo, sobre todo de la Alemania, igualmente creciendo en relevancia geopolítica y más allá de su contexto europeo. Ante la debilidad institucional de los diversos órganos europeos en manejar graves crisis regionales satisfactoriamente, habida cuenta del involucramiento estadounidense en temas extra-europeos, y en vista del interés nacional ruso y alemán de aseverar su crecimiento y seguridad, se vislumbra como factible la futura formación de un eje ruso-alemán, basado en el canje de gas ruso por la tecnología alemana, a costa de una Europa post-atlántico-americana y eurasiatizada.

Palabras clave: Rusia; Alemania; Eurasia; Unión Europea; OTAN.

* Agradecimiento a la Fundación Friedrich-Ebert (FFE), en especial a los Doctores Benjamin Reichenbach y Jürgen Stetter de la FFE; a los Profesores Niels Werber (Decano), Petra A. Vogel y Jürgen Bellers de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Siegen, Alemania.

** Estudios de postgrado y doctorado en Ciencia Política en la Universidad de Münster, Alemania. Profesor Titular de la Universidad Simón Bolívar. Departamento de Ciencias Económicas y Administrativas. Venezuela. mhaluani@usb.ve.

¿Euroslavia? The resurgence of Russia and Germany and thier respective geopolitical contribution to the eurasianization of post-atlantic Europe

Abstract

Is there a Euroslavia in the making? Europe is increasingly feeling the politico-military pressure of a China-supported, Slavic and Eurasian Russia re-surfing in the pan-European geopolitical map. Russia harbors significant geo-strategic ambitions beyond its traditional European and Central Asian Near Abroad, and clearly aims to benefit from the ample European techno-industrial capital, especially that of Germany, also growing in geopolitical stature well beyond its European context. Given the institutional weaknesses of the various European organizations in handling serious regional crisis effectively, considering the demanding American involvement in extra-European conflicts, and in view of Russian and German national interest to ensure their growth and national security issues, it is possible to envision a future a Russian-German gas-for-technology axis in a eurasianized and post-Atlantic and post-American Europe.

Key words: Russia; Germany; Eurasia; European Union; NATO.

Introducción

En octubre de 1939, el entonces Primer Lord del Almirantazgo británico, Winston Churchill, articuló en un discurso radial por la BBC una reseña memorable sobre Rusia que, 76 años después, encuentra retrospectivamente su eco profético:

“No les puedo predecir la acción de Rusia. Es un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma; pero tal vez hay una clave. Esa llave es el interés nacional de Rusia. No puede corresponder al interés de la seguridad (nacional) de Rusia que Alemania debe plantar en sí en las costas del Mar Negro, o que debería invadir los Estados de los Balcanes y subyugar a los pueblos eslavos de Europa sudoriental. Eso sería contrario a los intereses vitales históricos de Rusia.”

Las crecidas tensiones políticas en las relaciones inter-eurasiáticas, iniciadas para 2007 y acentuadas principalmente por la tenaz aspiración geopolítica del presidente ruso Vladimir Vladimirovich Putin de devolverle a su país la reciedumbre de su pasado soviético, no se han resuelto hasta la fecha. Más bien se ha agudizado, no solo por la intensificación de la estrategia neo-soviética del Kremlin moscovita, sino también por las repercusiones de varias crisis, como la griega y la ucraniana y aquellas geo-militares del Medio Oriente sobre la Unión Europea (UE) y demás países eurasiáticos. El repotenciado “retorno de Rusia” a la escena regional y mundial asevera

importantes cambios en la dinámica del balance de poder, en la calidad y en las implicaciones de las relaciones inter-estatales en esas escenas.

Tanto el pasado como el presente y el futuro de Europa están también relacionados con el crecimiento económico y por ende geopolítico de Alemania. Una vez consolidada la reunificación alemana a partir de octubre de 1990, Alemania se extendió territorialmente hacia el este de Europa, agregando 108.330 km² de masa terrestre y 900 km de costas bálticas. Es la economía más grande en Europa y la cuarta en el mundo, contando con la segunda mayor población en la masa eurasiática después de Rusia. Sin embargo, la crisis financiera de 2008 se ha convertido en una crisis política de la UE, exacerbada por el casi-defalco de Grecia, la anexión rusa de la Crimea y la crisis ucraniana y siria; imponiéndole a Alemania asumir un rol de liderazgo político, en efecto, correspondiente a su peso económico, pero con posibles consecuencias militares y aún menos deseado por razones históricas y temores de despertar sentimiento anti-germánicos radicados en la Segunda Guerra Mundial. La actual predominancia económica alemana no tenía por qué producir implicaciones de liderazgo político regional, de no haber coincidido con el resurgimiento político-militar de Rusia, en particular por la crisis ucraniana. A partir de allí la actuación de Alemania en su entorno de la UE ha sido decisiva para el futuro geopolítico de toda Eurasia.

De hecho le corresponde a todo el bloque occidental, liderado ideológica, económica y militarmente por los Estados Unidos, absorber todas las implicaciones del crecido papel geopolítico de Alemania y del cambio político en Rusia hacia un nacionalismo autocrático orientado a mayor superioridad energético-geopolítica dentro de la esfera eurasiática. Agregándole a este escenario polarizado una aparentemente creciente omnipotencia institucional de la Unión Europea (UE), la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), el Consejo de Europa (CE) o el Consejo Ártico (CÁ) para re-establecer estructuras confiables en pro de mayor seguridad en Europa, la visión tradicional euro-atlántica se ve enfrentada a la resurgente visión ruso-paneslavo-urasiática de la seguridad europea. Esta rivalidad fue producto de diversos eventos en Europa (bombardeo de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) contra Kosovo de 1999 y el reconocimiento europeo de la independencia de Kosovo de 2008, guerra Georgia-Rusia de 2008, invasión anglo-estadounidense de Irak de 2003, las “revoluciones coloridas” de Georgia 2003, Ucrania 2004, Kirguistán 2005, entre otros) que generaron suspicacias y recelos tanto por parte de Rusia como de los países en cuestión. Dada la salida unilateral en 2002 primero de los Estados Unidos y luego de Rusia del Tratado de Misiles Anti-Balísticos (ABM), seguido en 2007 por la salida unilateral de Rusia del Tratado sobre Fuerzas Convencionales en Europa (TFC), Tal rivalidad ruso-occidental que está asumiendo rasgos innegables de una nueva Guerra Fría, hasta con potencial de escaladas a armas no-convencionales.

El enfrentamiento Este-Oeste, luego llamado la “Guerra Fría”, había comenzado en 1945 y se inició en Europa para demarcar y separar las zonas de influencias correspondientes al bloque occidental y al soviético, al cual se adjudicó la Europa Oriental liberada de la Alemania nacional-socialista, antes de finalizar en noviembre de 1989. Se había introducido una fase de distensión político-militar necesaria para crear cierta predictibilidad y control las relaciones entre la OTAN y el Pacto de Varsovia (PV). La transición de Rusia del sistema político soviético a uno federal y sin la carga de 14 repúblicas ex-soviéticas, mantuvo a Rusia ocupada, preocupada e introvertida entre 1991 y 2000. La pérdida de la esfera de influencia soviética en 1991 no creó ningún vacío geopolítico en el Este y Sudeste europeo, puesto que el mismo fue rápidamente subsanado por los avances geopolíticos del Euro-atlantismo al expandirse la UE y la OTAN hacia esa región. Tal incursión euro-atlántica en la región occidental de la Eurasia, tradicionalmente ex-soviética, despertó viejas angustias xenófobas en una Rusia ahora repotenciada por el alza en los precios de petróleo, por un nacionalismo “rusista” y una auto-confianza militarizada resurgente y re-organizada en una demócrata putinista de toda autoritaria. La anexión de la Crimea y el conflicto “congelado-prolongado” en Ucrania (y próximamente en Siria) representan la respuesta rusa a la nueva pugna inter-europea para re-crear su *Extranjero Cercano* hegemónico, aunque se puede señalar que tal actuación belicista bien puede ocultar una debilidad militar rusa (Bellers, 2015; Unterseher, 2015).

Dado el resurgimiento político de Alemania y de Rusia, las relaciones bilaterales germano-rusas adquieren, en medio del actual contexto multilateral y multi-polarizado, tanto en el Viejo Continente como más allá del mismo, una trascendencia geo-estratégica incomparable. Aunque, tanto Alemania como Rusia, propagan una visión diferente en lo ideológico, político, cultural y civilizatorio para la estructura, arquitectura y funcionalidad de la seguridad continental, esas dos visiones no están diametralmente opuestas ni son irreconciliables. La visión ortodoxa, eurasiática y pan-eslava de Moscú contrasta en gran medida, pero sin poder anular, la visión occidental-euro-atlántica de Berlín. Pese a sus diversas e importantes asimetrías (Kundnani, 2015; Kuzemko *et. al.*, 2012; Socor, 2009), las dos potencias presentan una robusta interdependencia geo-estratégica. Se encuentran capacitadas en lo económico-tecnológico-industrial (lado alemán) y en lo territorial-militar (lado ruso) o para prolongar y agravar diversos conflictos en Europa (si no cooperan) o para dominar a la misma a la larga (si cooperan). La imponente influencia de las capacidades estratégicas de los Estados Unidos sobre Alemania y la de China sobre Rusia, no pueden subestimarse en este complejo contexto euro-atlántico y eurasiático.

1. Rusia y Alemania en el pasado y el presente: Anteriores rivales y posibles futuros socios

En junio de 2012, el Museo Estatal Histórico de Moscú presentó una exhibición “Rusos y Alemanes: 1.000 Años de Historia, Artes y Cultura”. Esta exhibición, financiada en gran parte por el Deutsche Bank, tuvo lugar para celebrar la presencia milenaria de aquellos alemanes que contribuyeron al desarrollo urbano, artesano y agrícola de Rusia en varias etapas de su historia. Se realizó dentro del marco de la conmemoración del *Año de Alemania en Rusia 2012* y del *Año de Rusia en Alemania 2013* bajo el lema: “Alemania y Rusia: Construyendo el Futuro Juntos”. Esa exhibición, que también se efectuó un año después en Berlín, sirvió para concientizar a la población en general en Alemania y en Rusia sobre la cercanía histórica y cultural entre esas dos naciones, la cual es más fuerte que los amargos recuerdos de su antagonismo bélico y los profundos sufrimientos humanos en dos guerras mundiales. Se realizó con el fin de recalcar, en la conciencia cotidiana de ambas poblaciones, que los belicosos eventos en su historia común reciente no deben eclipsar la valiosa experiencia pacífica compartida en los siglos pasados y que en la historia de las relaciones ruso-alemanas los conflictos militares no siempre fueron los aspectos más determinantes en las mismas. Esa exhibición, que fue producto de una iniciativa oficial, entusiastamente apoyada por ambos gobiernos, subrayó el interés en ambos lados oficiales en reforzar lazos mutuamente beneficiosos en vista de un incierto futuro para toda Europa.

El pasado: Transmigraciones unilateralmente beneficiosas

Los primeros alemanes que llegaron al Rus de Kiev, alrededor de los años 1490, fueron misioneros y comerciantes, cuya estadía allí fue más bien pasajera y por ende no perduró. Fue el Gran Príncipe de Todas las Rusias, Iván III de los Ruriks, que trajo a finales del siglo XV de los principados alemanes arquitectos, oficiales militares y médicos que se establecieron en colonias y aportaron considerablemente, entre otros europeos, a la modernización de la Rusia pre-zarista. Los alemanes aumentaron su presencia en Rusia por decreto de la zarina Catalina II la Grande, siendo ella misma de origen prusiano, quien apuntó a fomentar la inmigración de europeos, en especial de alemanes, a Rusia a partir de 1763. Aquel *ukaz* (decreto) de Catalina II les concedió condiciones muy favorables a los nuevos inmigrantes, entre ellos: la libertad religiosa, la exención del servicio militar y de impuestos por varios años y la oportunidad de ejercer su autogobierno. Por ello, casi 30.000 alemanes de Hesse, y Renania-Palatinado, así como algunos suecos, franceses y holandeses se asentaron en colonias en la región al sur de San Petersburgo. La mayoría se estableció en las tierras cerca del río Volga, creando allí unas 104 colonias cerca de Saratov (Kaiser, 2014; Koch, 1999).

Entre 1789 y 1863, llegaron más inmigrantes alemanes menonitas y protestantes, principalmente a la región al sur de Ucrania, traídos para reforzar las zonas fronterizas de Rusia y desarrollar áreas descuidadas volviéndolas productivas. Ya para 1914 se contaron 3.500 colonias alemanas, con una población total de más de dos millones. Los alemanes de Rusia llegaron durante los siglos XVIII y XIX a poseer tierras y fortunas, facilitando así su inclusión en la alta clase de la sociedad rusa, sobre todo rural, y en el aparato administrativo-burocrático ruso. Sin embargo, y pese al gran aporte de los inmigrantes alemanes y de sus descendientes a la economía y sociedad rusa, el clima político a partir de 1871, en particular por la rusificación y diversos decretos de carácter nacionalista, eslavófilo y pan-ruso, se tornó negativo para los alemanes asimilados; resultando en la terminación del auto-gobierno de sus colonias y en el inicio de su reclutamiento militar. Ese mismo clima político creó un ambiente social xenofóbico que llevó a unos 28.000 ruso-alemanes, entre 1874 y 1890, a emigrar a los Estados Unidos, Canadá, México, Argentina y Uruguay (Kaiser, 2014; Baldwin, 2013).

La Primera Guerra Mundial puso a la Rusia imperial del Zar Nicolás II en un curso militar opuesto a la Alemania imperial de su primo el Káiser Guillermo II, aumentando así los sentimientos anti-germánicos a nivel de las élites y de la población rusa. Entre 1915 y 1916 fueron re-ubicados unos 200.000 alemanes del Volga al este de los Urales y al Asia Central. El estallido de la revolución bolsheviqui le puso fin a este plan zarista y el nuevo gobierno soviético inauguró los derechos civiles y el derecho a la autodeterminación étnica. A raíz de ello, se formó el movimiento de autonomía alemana en Odessa, Moscú y Saratov. En mayo de 1918 se instaló en Saratov la Comisión de Asuntos alemanes en las Tierras del Volga, permitiéndoles a los ruso-alemanes consagrar, en octubre de ese mismo año, el estatus de autonomía para las colonias alemanas de las Tierras del Volga (Koch, 1999; Gassenschmidt, 1999). Esas colonias representaron la primera instancia de una autonomía étno-nacional en la Rusia soviética. En 1924 esas colonias pasaron a llamarse la República Socialista Soviética Autónoma de Alemanes del Volga (RSSAAV).

Tanto la Alemania post-guerra como la Rusia bolsheviqui se sentían victimizadas por el Tratado de Versalles de 1920 por no tomar en cuenta sus respectivos y legítimos intereses nacionales, llevando a los dos a firmar el Tratado de Rapallo en 1922. Ese tratado representó un acercamiento político alemán-soviético que jugó posteriormente un papel primordial en facilitar en agosto de 1939 el Acuerdo Molotov-Ribbentrop de no-agresión. Entre los años 1920 y 1930 se consolidaron las regiones alemanas en la Ucrania, Crimea, Cáucaso, Oremburgo, al norte de Kazajstán, y en la región de Altai. El alemán se estableció como idioma oficial en su sistema educativo hasta el nivel universitario, mientras que se publicaban periódicos y libros en alemán. Pero una vez más, los sucesos en Alemania impactaron sobre

los ruso-alemanes en Rusia. El ascenso al poder del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán bajo Adolfo Hitler, la agitación nazi contra los comunistas en el Tercer Reich alemán y su amenazante re-arme condujeron al ataque contra la Unión Soviética en junio de 1941 (Umland, 2007). Los ruso-alemanes cayeron en sospecha de colaborar con el enemigo nazi y tras la eliminación de la RSSAAV fueron deportados en masa a Asia Central y a Siberia. Se calcula que a lo largo de la Segunda Guerra Mundial unos 895.000 ruso-alemanes fueron desalojados y re-ubicados en regiones lejanas al este del país, sometiendo los hombres a labores en el Ejército de Trabajadores Soviéticos, supervisados por el Comisariado del Pueblo de Asuntos Internos (NKVD).

Es incalculable la cifra de los ruso-alemanes que quedaron en la parte europea de Rusia y pudieron mezclarse con los remanentes del ejército nazi en su retirada a Alemania. La derrota del Tercer Reich en 1945 y la sustitución del NKVD en 1946 por el Ministerio de Asuntos Internos y luego la KGB en 1954, no le trajo ni mejoras ni reparos a la situación política y social de los ruso-alemanes que quedaron en la Unión Soviética. Las autoridades soviéticas, que desde 1945 se responsabilizaban por el control cívico-administrativo de la población ruso-alemana, aseguraban su dispersión física en el territorio soviético y su asimilación a los valores ruso-eslavos, inclusive aquellos radicados en regiones musulmanas de la Unión Soviética. No obstante, varios miles de los ruso-alemanes pudieron emigrar a la República Federal de Alemania durante el gobierno de Nikita Khrushchev en los años 1960. La diáspora de los "Aussiedler" alemanes en la Unión Soviética comenzó a aliviarse al finalizarse la Guerra Fría para diciembre de 1989 y al producirse la re-unificación alemana en octubre de 1990, y aún más al desintegrarse la Unión Soviética en diciembre de 1991, presentándose así la oportunidad para repatriarse a su antiguo país de origen. Desde entonces, se estima que para 2014 unos 2.3 millones de ruso-alemanes han regresado a Alemania.

Pese al trato poco afortunado que los ruso-alemanes recibieron desde 1941 en la Unión Soviética, el tema de los "Aussiedler" ruso-alemanes no representa hoy por hoy un asunto problemático en las relaciones gubernamentales entre Rusia y Alemania. En el año 2015 la asimilación a todo nivel de la mayoría de los "Aussiedler" ruso-alemanes en Alemania, que llegaron tanto en los años 1960 como en los 1990, ha resultado generalmente satisfactoria (Silbereisen *et. al.*, 1999; Mammey y Schiener, 1998). Adicionalmente, el apoyo financiero que Alemania sigue brindando a las comunidades ruso-alemanas que todavía quedan en Rusia, remedia en buena parte sus agravios históricos, de modo que ese y el tema de reparos exigidos por los mismos a las autoridades rusas ya no forman un punto prioritario en la agenda gubernamental de asuntos pendientes entre Moscú y Berlín. Hoy por hoy son otros temas que ocupan esa agenda, tales como asegurar el suministro de recursos energéticos rusos a Alemania, el

comercio bilateral, el respeto de los derechos humanos, civiles y políticos en la Rusia contemporánea de Putin, así como la actuación político-militar-híbrida rusa en Ucrania, en especial la anexión de la Crimea en febrero de 2014 y sus consecuencias para las relaciones geopolíticas germano-rusas.

El presente: Acercamiento post-Guerra Fría mutuamente beneficioso

En diciembre de 1989, culminó formalmente en Malta la cumbre entre el Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética Mikhail Gorbachov y el Presidente estadounidense G. H. W. Bush, declarándose allí el fin de la Guerra Fría. Este histórico evento, fue precedido por la retirada de las tropas soviéticas de Afganistán en febrero de ese año. En septiembre de 1990, se firmó en Moscú el Tratado Dos (las dos Alemanias) más Cuatro (Estados Unidos, Unión Soviética, Francia e Inglaterra), allanando el camino para la reunificación alemana en octubre del mismo año. Esos cambios produjeron, acompañados por otros sucesos internos para el momento en la Unión Soviética, la desaparición del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) en enero de 1991 y del Pacto de Varsovia (PV) en julio del mismo año y la desintegración formal de esa potencia mundial, haciéndose realidad para el 25 de diciembre de 1991 y fracturándose así en 15 países independientes.

De esos 15 países soberanos surgió la Federación Rusa como el Estado-heredero más dominante de lo que representaba hasta diciembre de 1991 la Unión Soviética. Todos esos hechos, acentuados en agosto de 1994 por la retirada definitiva de las tropas rusas de lo que era la República Democrática Alemana (RDA), impusieron al liderazgo alemán en Berlín nuevos criterios en cuanto a la re-concepción y re-conducción de la política exterior de una Alemania reunificada y extendida geográficamente hacia el este europeo, frente a una Rusia sin el PV y el CAME más reducida geográfica, económica y geopolíticamente y más vulnerable a una OTAN ahora dominante. Las relaciones de Alemania con la Federación Rusa se caracterizaron a partir de 1991, y siguen siendo, por concebirse y emprenderse en dos niveles entrelazados, interdependientes y complementarios a la vez: el nivel de relaciones bilaterales que toma en cuenta únicamente los intereses nacionales alemanes bien definidos en términos del lapso de validez, el alcance geográfico, los costos, beneficios, repercusiones y las capacidades requeridas para satisfacer tales intereses.

El otro nivel de relaciones es aquel de nexos multilaterales dentro de un marco y proceso institucional, ya sea regional y/o global, donde convergen los intereses nacionales de otros países, tanto aliados como rivales, y donde deben aglomerarse de modo negociado y con aquiescencia en pro de una posición conjunta y mutuamente beneficiosa ante otras instituciones y/o naciones con intereses nacionales adversos. Es de notar

que las políticas exteriores tanto de Alemania como de Rusia buscan, como se espera de actores racionales (neo-)realistas aspirando agradar el poder y la influencia nacional de sus respectivos países, acomodar la interfaz de sus intereses en pro del mayor beneficio posible a cambio del menor costo viable y tolerable.

Para Alemania, siendo la primera potencia económica de Europa, así como dado su historial previo a 1945 y su contemporáneo y dedicado compromiso con la UE, es de primordial importancia enmarcar sus relaciones regionales e internacionales más allá de sus altamente diversificados y provechosos vínculos bilaterales también en el contexto de su apego ideológico, político y económico a la idea y a la praxis de la UE. Este ensayo enfocará ambos acercamientos, es decir, aquel bilateral y el otro multilateral, en torno a las relaciones germano-rusas, puesto que la aproximación bilateral es de igual trascendencia tanto para Berlín como para Moscú. No obstante, el acercamiento multilateral es más primordial, inclusive hasta más comprometedor para Alemania en vista de sus múltiples compromisos con la UE, en particular en torno a la política exterior y de seguridad de esa institución regional (Janning, 2015; Müller-Brandeck-Bocque, 2011; Fröhlich, 2008). Tal multilateralidad se manifiesta, aunque en menor grado, mediante la cooperación alemana con los Estados Unidos en el marco de la actuación euro-atlántica conjunta. Agregándole a sus compromisos foráneos el aspecto del consenso político interno de la democracia alemana, observamos que Alemania se encuentra un tanto “restringida” que Rusia en la concepción e implementación de su política hacia la potencia pan-eslavo-eurasiática rusa.

Por otra parte, y desde la perspectiva rusa, la concepción y la implementación de la política exterior regional e internacional del Kremlin, goza de mayor libertad decisora al más alto nivel político-ejecutivo y por ende menos restricciones que aquella de la Cancillería en Berlín. Tanto la naturaleza y el modus operandi decisor del gobierno del presidente Putin, como la comparativamente reducida cantidad de compromisos político-ideológicos e institucionales que Rusia posee, le permite a Moscú tomar decisiones e instrumentalizarla con relativamente mayor libertad (Aron, 2015; Dawisha, 2014; Sakwa, 2014; Roxburgh, 2013; Lynch, 2011). Es de especial interés que las obligaciones institucional-regionales de Rusia tienden a caracterizarse por la dominancia rusa en las mismas, como es el caso de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC) y la Unión Económica Eurasiática (UEE). Dos excepciones a esta “libertad institucional-regional” rusa constituyen el grupo de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) y la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), donde China y, en menor dimensión, la India (a partir de 2016) ostentan una posición política y económica un tanto más imponente que aquella de Rusia (véase Esquema Gráfico 1).

En un contexto analítico mayormente estructural, Moscú está más libre para construir y perseguir relaciones bilaterales y multilaterales, ya sea con Alemania o con cualquier otra potencia dentro y fuera de Europa, también por su membresía permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU y su arsenal nuclear, mientras que Berlín tienen que considerar primero las restricciones político-partidistas internas de Alemania, así como sus obligaciones y relaciones inter-europeas, antes de proceder a formular y ejecutar sus relaciones tanto bilaterales como multilaterales. Esta asimetría, a favor de Rusia, en los respectivos parámetros de sus políticas exteriores correspondientes, conduce a que Rusia puede proyectar, aplicar y asumir una actuación más proactiva, algunos dirían más asertiva o hasta agresiva, en sus relaciones foráneas, mientras que Alemania se ve obligada a asumir un papel más reactivo o hasta pasivo en lo que a acciones de Rusia y acontecimientos en Europa y más allá de la misma se refiere.

2. 1991-2015: Rusia cambió: Intereses nacionales simétricos y otros adversos con Alemania en el contexto euro-atlántico/eurasiático

La Rusia que Boris Nikolaievich Yeltsin asumió en junio de 1991, como presidente de esa recién creada República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR), ciertamente, no era la misma Rusia que se convirtió en diciembre de 1991 en la Federación Rusa (FR), igualmente presidida por Yeltsin. Es la FR que Vladimir Putin luego presidió a título interino en enero de 2000 y, posteriormente, como Presidente electo a partir de marzo de ese mismo año. Aquella RSFSR de Yeltsin representaba una etapa transitoria se convirtió, a partir de diciembre de 1991, en la Federación Rusa, separándose de las 14 otras, ex-repúblicas soviéticas socialistas que habían conformado desde diciembre de 1922 hasta esa fecha la URSS. En su gestión presidencial de tanto la RSFSR como de la FR, Yeltsin desempeñó un genuinamente entusiasta papel de un demócrata motivado por garantizarle a su país un desarrollo adecuado, sustentable y digno igual a aquel de los países occidentales altamente industrializados. Desafortunadamente, la segunda gestión presidencial de Yeltsin tuvo lugar en medio de un colapso económico-industrial, corrupción generalizada, sistema multi-partidista inestable, resistencia a la transición democrática, enormes problemas políticos y sociales y dos guerras contra los separatistas chechenos que afectaron a toda la ex-URSS (Shevtsova, 2007; McFaul, 2001; Murrell, 1997).

En materia de política exterior, el objetivo principal de tanto Mikhail Gorbachov como Boris Yeltsin era crear un entorno político y económico

regional e internacional propicio para el desarrollo democrático y económico-industrial ruso de acorde a los valores occidentales, evitando o disminuyendo aquellos conflictos internos y/o regionales que puedan mermar y atrasar los procesos de desarrollo y de transición rusos internos. Tal política exterior en los 1990s produjo una actitud “autista”, es decir de evitar fuertes compromisos foráneos y de aspirar distensiones regionales, a fin de procurar las condiciones adecuadas y necesarias para incentivar la madurez política y económica doméstica y así re-construir una nueva y repotenciada Rusia. De hecho Yeltsin declaró, en 1991, que uno de los principales objetivos de su política exterior es “integrar a Rusia a la comunidad de los países civilizados”, a sabiendas que tal integración requiere de antemano por parte de Rusia el cumplimiento con ciertos criterios y expectativas (Ostalski, 2007; Timmermann, 1992). Pero la Rusia federada de los años 90´ ya no era el Imperio Ruso multi-étnico o la URSS de 15 repúblicas con sus respectivas identidades nacionales bien definidas e incuestionables, sino se tornó un territorio nacional reducido con nuevos países aledaños y soberanos, es decir con otros desafíos geopolíticos inmediatos potencialmente problemáticos, como lo ha demostrado más tarde la expansión de la UE y de la OTAN hacia el Este europeo.

Yeltsin y su entorno político ejecutivo, en particular sus primer ministros Yegor Gaidar (1992), Víctor Chernomyrdin (1992-1998), Sergei Kiriyenko (1998), Yevgeni Primakov (1998-1999) y Sergei Stepashin (1999), así como su vice-presidente Aleksandr Rutskoi, encaminaron una política de reformas económicas de tolda neo-liberal en forma de una "terapia de choque", poniéndole fin al control de precios de la era soviética, iniciando la privatización de las empresas públicas y la apertura globalizada al comercio exterior, así como efectuando recortes masivos en el gasto público. Esta “terapia de choque”, que frecuentemente fue criticada como “mucho choque y casi nada de terapia”, resultó ser un intento poco exitoso de transformar la economía rusa de una de planificación soviética centralizada a una neo-liberal ajustable a la demanda y oferta de un mercado abierto (Gaidar, 2012:7-8), en una época que coincidió con la primera guerra chechena (1994-1996), precios bajos de gas natural y petróleo y el estancamiento general de casi toda clase de producción industrial. Esa socialmente dolorosa y traumática transición estuvo empeñada en el intento de acercar la FR al mundo occidental neo-liberal para dotar a Rusia de aquellas atribuciones político-democráticas y económico-liberales necesarias para calificar a Rusia a su ingreso a las instituciones políticas y económicas occidentales (Donaldson y Noguee, 2014; Aron & Jensen, 1994).

Los factores endógenos: Orígenes sistémico-económicos y psicológicos del resentimiento ruso

Toda política exterior, y por ende, toda actuación foránea de los países, en especial aquellos con considerable poder nacional, nace de la interacción

de “vectores” (expresión rusa para factores) endógenos y de balance de poder entre las diversas élites nacionales. Rusia no es ninguna excepción. La formulación de la política exterior rusa ha sido y sigue siendo, por un lado, un resultado directo del balance de poder entre las élites internas y, por el otro, una respuesta a los acontecimientos regionales e internacionales. La formulación y la ejecución de la política exterior rusa no ha sido linealmente homogénea ni igual a lo largo de la historia de la FR. Se puede estudiar de acuerdo a tres etapas: La primera en los años pioneros de la FR, es decir, durante la gestión presidencial de Yeltsin de junio de 1991 a diciembre de 1999; la segunda se ubica durante los primeros seis años de la presidencia de Vladimir Putin del año 2000 al 2006, y la tercera, cubre los años desde 2007 hasta la fecha, incluyendo el período de la presidencia de Dmitri Medvedev de mayo de 2008 hasta mayo de 2012. Cada etapa se veía sometida a una serie de factores políticos y económicos domésticos que dictaban una determinada actitud hacia el entorno regional y global de Rusia.

La época de Yeltsin se caracterizaba principalmente por la profunda reestructuración económica interna y por el crecimiento de y la competencia entre partidos políticos ansiosos por dejar sus huellas en la política doméstica y por ende en la política exterior del país, de modo que una precisa y viable definición del “interés nacional”, propagado y defendido por un “Estado fuerte” no representaban una marcada característica política de esa época. La crisis constitucional y los 187 muertos y 473 heridos de la “Segunda Revolución de Octubre” de 1993, marcó la supremacía de la presidencia de la FR, de los valores ideológicos neoliberales, y del poder del mando militar anti-comunista contra la legalidad y la voluntad popular para aquel entonces (Shevtsova, 2007). Pese a la prevalencia de valores occidentales a nivel de las élites rusas en aquellos años, existía aún la convicción entre las mismas que una cooperación con Occidente es posible, más no una integración con sus instituciones (Mankoff, 2012; Headley, 2013). Esas mismas élites, ahora llamadas *oligarcas*, siguen co-determinando el rumbo de la política, tanto doméstica como exterior de la Rusia putinista. Los oligarcas forman, hoy por hoy, en conjunto con los más altos funcionarios del Estado ruso, aquella agrupación de los llamados *silovikis* (“Los Poderosos”) que rodean al Putin y representan una visión de Rusia independiente, soberana, eurasiática, eslava, ortodoxa, distinta en lo geo-cultural a Occidente, más no necesaria, política y militarmente anti-occidental.

Lo que más diferencia la época de Yeltsin a la contemporánea de Putin es la relación del Estado con el capital privado. Mientras que el capital privado se apoderaba del Estado yeltsinista, el Estado putinista recuperó el control sobre el capital privado, además de aquel público. Los años de Yeltsin representaban para los rusos una etapa de incertidumbre, humillación, pérdida de identidad y de rumbo, dictada y agravada por los rasantes y graves cambios en la estructura y funcionamiento de la economía. El intento

de Yeltsin de acercar Rusia a Occidente con todos sus valores e instituciones no trajo, para la mayoría de los rusos, ningunos beneficios inmediatos, palpables, sostenibles, y por ende dignos de continuarse. El intento de la occidentalización de la Rusia yeltsinista, acompañada por la renuncia a aspiraciones imperiales, dos guerras chechenas (1994-1996 y 1999-2002) más una relativa degradación militar rusa exterior, no podía alargarse, no solo por el entorno regional e internacional indiferente a Rusia, sino más bien por el amplio descontento social que caracterizaba ese periodo (CSPP/ Levada Center, 2015; Trenin, 2011; Ostalski, 2007).

Yegor Gaidar destacó en su libro: *Russia: A Long View*, de 2012, que bajo Yeltsin las élites políticas de su país aspiraban “...adquirir la tecnología y producción militar del Occidente, pero sin las mismas instituciones sobre las cuales se basaban los logros de Europa Occidental” (Gaidar, 2012:153). La búsqueda de Yeltsin de una nueva, adecuada y duradera identidad para la Rusia post-soviética se concentraba en aquellos parámetros culturales y civilizatorios más afines a la historia y sentimientos de población rusa. La noción del *ruskii mir* (mundo ruso/idea rusa) y de la *ruskaya dushá* (alma rusa) como pilar de esa nueva identidad ortodoxo-paneslavo-eurasiática se presta perfectamente para calificar como el ADN político de la nueva Rusia y para convertir a la Rusia moderna como el único representante legítimo y genuino de la comunidad rusófila-eslava europea, abriendo así el camino a nivel gubernamental para una asumir política exterior rusa omnipresente, proactiva y determinante en asuntos regionales y hasta mundiales. De allí que la enorme decepción, tanto a nivel de las élites como de la población, por los escasos logros políticos y económicos de la democratización occidentalizada, por el autismo político yeltsinista y por la desvalorización política y militar regional, y euro-atlántica de Rusia, posibilitó el camino hacia la aceptación socio-política de todo tipo de un liderazgo y de un sistema político que le devuelva a Rusia su “merecido glorioso pasado”, ya sea zarista-imperial y/o soviético.

Los factores exógenos: Orígenes euro-atlánticos del resentimiento ruso

Durante los primeros tres años de su presidencia, Putin intentó, improductivamente, forjar una “alianza de iguales” con los Estados Unidos, sembrando simultáneamente las semillas para el renacimiento asertivo, extrovertido, nacionalista, algunos dirían chauvinista, y repotenciado de Rusia, tanto hacia dentro como hacia fuera. Es en ese periodo que se notan más los efectos de los vectores geopolíticos mundiales sobre la concepción y actuación política exterior rusa post-yeltsinista, no tanto porque tales factores foráneos aumentaron su presencia e intensificaron su impacto, sino porque el liderazgo de Putin le brindó una interpretación analítica basada más en objetivos aspirados que en capacidades disminuidas, es decir se emprendió una actitud menos pasiva y fatalista que aquella de

Yeltsin. Diez años de gobierno incapacitado e infructuoso, más actitudes personales y diatribas públicas nada dignas del cargo presidencial de un Yeltsin agobiado hicieron considerable daño a la auto-estima y a la auto-imagen de la población rusa. Así, la reacción y las respuestas que el personaje de Putin les dio a los desafiantes factores internos, pero en especial a aquellos exógenos, fueron decisivas en forjar un régimen político más efectivo y sólido en lo que a su estabilidad, durabilidad y efectividad estructural-ejecutiva se refiere.

Apartando en este contexto todo aspecto crítico relativo al ejercicio de las reglas del juego democrático por parte de la “democracia” putinista en la actual Rusia (Myers, 2015; Dawisha, 2014; Roxburgh, 2013; Hill y Gaddy, 2013; Wegren, 2012; Hastings, 2007), la popularidad de Valdimir Vladimirovich comenzó a formar un vector político interno relevante para su política exterior ya para el año 2002, al terminarse la segunda guerra chechena y al sentirse los efectos del alza de los precios del crudo y del gas natural (véase Tabla 1); siendo la exportación de ambos recursos vitales para el presupuesto nacional ruso. No debe subestimarse el impacto que esa alza ha tenido para la re-conceptualización, ahora re-valorizada, de la idea y de la identidad nacional ruso-eslava en el contexto de sus ambiciones para recuperar la posición de superpotencia que la URSS ha gozado antes de 1989. También puede afirmarse que fue esa bonanza energética que le ha permitido a Putin financiar todo proyecto político, económico-industrial, tecnológico, social y militar necesario para afianzar la posición de su gobierno en Rusia.

Cuadro #1: Ingresos petroleros de la FR entre 1992 y 2015.

Ingresos anuales estimados de Rusia en \$ millardos por exportaciones de crudo y gas natural	Año
50	1992-1999
100	2000
125	2004
350	2008
220	2009
425	2012-2014
220	2015

Tabla 1: Ingresos petroleros de la FR entre 1992 y 2015.

Fuente: Forbes / International. 06.04.2015.

<http://www.forbes.com/sites/markadomanis/2015/04/06/russias-oil-revenue-shrinking-fast/>

Ya en 1994 había comenzado la irritación e indignación de las élites rusas con la actitud occidental, particularmente la estadounidense, percibida en Rusia como indiferente, arrogante y hasta ofensiva. Fue entonces cuando el gobierno de Yeltsin se rehusó a reconocer el aclamo

estadounidense para su liderazgo mundial y la exigencia de Washington, D.C. de “expandir la democracia” en Rusia, ofreciendo a los Estados Unidos la alternativa moscovita de un “mundo multipolar” (Fenenko, 2015). Era obvio para Rusia que los Estados Unidos percibe a Rusia con su veto en el Consejo de Seguridad de la ONU y su considerable capacidad nuclear como un obstáculo en el camino estadounidense hacia su hegemonía total. A raíz de ello, la superpotencia norteamericana comenzó a criticar la prácticas “neo-zaristas” de Yeltsin y su “fracaso” en consolidar la democracia en Rusia. En ese mismo año, Polonia y Hungría solicitaron su ingreso a la UE, habiéndose formado tres años atrás el Grupo de Visegrado (GV) por cuatro ex-miembros del CAME y del PV, es decir la República Checa, Eslovaquia, Polonia y Hungría. La formación de dicho grupo no hubiera causado rencores en Moscú de no haberse iniciado acto seguido una cooperación estructural y operativa con la GV-OTAN. Entre 1995 y 1996, esos cuatro países anteriormente señalados y seis otros ex-miembros de CAME y del PV solicitaron su ingreso a la UE, habiéndose materializado su membresía formal a partir de 2004.

Aquel acercamiento eufórico y potencialmente productivo que se produjo en 1993 entre Bill Clinton y Boris Yeltsin no tardó en estancarse al disiparse las aspiraciones norteamericanas de ver crecer y fortalecerse una Rusia democrática, fiel al modelo liberal-occidental. La cooperación entre el siguiente presidente estadounidense George W. Bush, ya gobernando desde enero de 2001, y Putin tampoco resultó fructífera, dado el limitado avance ruso hacia una verdadera democracia, desde la perspectiva de Washington, D.C. Pero los trágicos eventos del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos le brindó a Putin una valiosa oportunidad de re-iniciar la etapa cooperativa ruso-estadounidense, pese a la invasión estadounidense de Afganistán en octubre de 2001, al ofrecerle a Bush la ayuda de los servicios de seguridad rusos para combatir el fundamentalismo islamista a todo nivel y de manera global (Pleszczynski, 2002). No obstante, en esa oportunidad de revigorizar alguna forma de cooperación ruso-estadounidense, la invasión norteamericana de Irak en marzo de 2003 anuló el uso de dicha oportunidad, como lo hizo luego en 2011 la actuación occidental en Libia, induciendo a Rusia a buscar su propio nicho geopolítico.

Encabezando la lista de los acontecimientos que efectivamente enfriaron el clima político entre Rusia y los Estados Unidos en los años 2000, se destacan la guerra de Irak y el subsiguiente cambio de régimen de ese país, costándole a Rusia y a Francia US\$8 millardos en inversiones perdidas, y alineando esos dos países, por un tiempo, con Alemania en oposición a la actuación belicista norteamericana. Una serie de otros eventos y desarrollos geopolíticos en y más allá de Europa, le restaron aún más calidez en las relaciones Moscú-Washington, D.C., tal como el apoyo norteamericano a la “revolución rosa” en Georgia 2003 y la “revolución naranjada” en la Ucrania de 2004, finalmente la asesoría militar estadounidense acrecentada para

2008 en Uzbekistán, Kirguistán, Tayikistán, Ucrania y en Georgia. Luego, el plan estadounidense de 2007 para radicar (sin previa consulta con la OTAN) un sistema de defensa antimisiles y de radares para alerta temprana en Polonia y en la República Checa (luego en Rumanía y Turquía) no mejoró la confianza mutua entre Rusia y los Estados Unidos, como tampoco lo hizo la negativa estadounidense en 2008 a la contra-oferta rusa de usar su estación de radar de alerta temprana en Gabala, Azerbaiján (hasta diciembre de 2012), y aquella en Armavir, cerca de Krasnodar en el sur de Rusia (Stent, 2014).

La reacción de Rusia en aquel entonces representó el comienzo de su política doméstica, vigente y más vigorosa a la fecha, respondiendo con contra-acusaciones de un supuesto apoyo euro-atlántico a los rivales políticos de Putin, a algunos grupos disidentes y ONGs en Rusia (McAuley, 2015; Aron, 2015; Taylor, 2011). A Moscú le indignan las persistentes críticas occidentales contra la política rusa doméstica en materia de derechos humanos, control de los medios de comunicación social, de la libertad de expresión, y de las protestas sociales, y en especial las repetidas y ampliamente divulgadas referencias mediáticas occidentales a los asesinatos de disidentes rusos, siendo el último Boris Nemtsov, asesinado en marzo de 2015 en Moscú. Ciertamente es que Rusia se encuentra, por lo expuesto anteriormente, desde finales de 2008 a raíz de su guerra contra Georgia en agosto de ese año, y hasta la actualidad, en el centro de persistentes denuncias formales y otras mediáticas, mayormente por parte de los países de la UE y de los Estados Unidos, por no tomar en cuenta adecuadamente aspectos relacionados con los derechos humanos. Más aún, las sospechas sobre su actuación en la “guerra híbrida” en Ucrania, en particular por el derribo del vuelo MH17 de *Malaysia Airlines* sobre la región separatista pro-rusa de Donetsk en julio de 2014, así como su campaña militar en Siria a partir de septiembre de 2015, agudizan marcadamente las relaciones ruso-occidentales.

El factor OTAN: La (¿inadmisible?) incursión euro-atlántica en la esfera rusa

El factor considerado como el más perturbador para las relaciones entre Rusia y el conjunto euro-atlántico de la UE y la OTAN lo constituyó el ingreso a la OTAN en marzo de 1999 de la República Checa, Polonia y Hungría (Conrad, 2011; Shevtsova y Wood, 2011; Fischer, 2008; Mattox y Rachwald, 2001). Desde la perspectiva geopolítica, en particular militar-convencional de Moscú, esta ampliación territorial de la OTAN hacia el Este europeo la puso en el vecindario aledaño y, por ende, fue directamente amenazante para Ucrania y Bielorrusia, dos países considerados aliados incondicionales rusos para entonces, e indirectamente pavorosa para Rusia. De ese modo, se despertaron en Moscú, aquellas viejas angustias

rusas, calificadas de irreales y exageradas en el Occidente, de invasiones extranjeras reminiscentes para los rusos de la invasión de los mongoles (la “Horda Dorada”) en el siglo XIV, bajo Batu Khan, de los franceses en el siglo XIX, bajo Napoleón Bonaparte y de los alemanes bajo Adolfo Hitler en el siglo XX.

La OTAN, desde su fundación en abril de 1949, fue considerada por la URSS de Josef Stalin y todos sus sucesores soviéticos, incluyendo a Mikhail Gorbachov, como una fórmula geopolítica artificial occidental. Ideada por Canadá en 1948 y realizada un año después bajo el decidido liderazgo nuclearizado estadounidense, Rusia considera que único propósito de la OTAN es “mantener a Alemania abajo, a Rusia fuera de y a los Estados Unidos dentro de Europa occidental”. En los primeros años permisivos y de transición implacable de la URSS a la FR, bajo Yeltsin, se hizo el intento, interesado pero genuino, por parte de las élites rusas, de conciliar con Occidente y “perdonarle” la creación y consolidación de la OTAN, e incluso la incorporación en 1990 de lo que era Alemania Oriental a la OTAN como parte integral-federada de la Alemania reunificada. La esperanza de poder recuperar su economía y su posición geopolítica mundial significaba, para la Rusia de entonces, el tener que aceptar y “perdonarle” a la OTAN todas sus “travesuras”, en especial sus aclamos de haber “ganado” la Guerra Fría y su, desde la perspectiva del Kremlin moscovita inadmisibles, incursión euro-atlántica armada en la esfera eurasiática de influencia rusa.

Pero la lentitud de la recuperación económica y la incertidumbre política interna comenzaron a crear serias dudas sobre esa nueva orientación occidental rusa, agravadas por la ola de privatizaciones de las empresas estatales de la URSS, de sus dividendos incompletos y asimétricos, más las faltas personales bien publicitadas de Yeltsin. La elección de Putin al poder presidencial en marzo de 2000 dio la señal clara e inequívoca de la reversión de esa tendencia pro-occidental y el retorno a la filosofía y actitud rusófila de introversión ruso-eurasiática. Se estima que tanto la ampliación, ya en pleno y acelerado proceso, de la UE y la OTAN, además del bombardeo anti-serbia de ésta última en Kosovo en marzo-junio de 1999, jugaron un papel decisivo en ese giro de Moscú hacia un distanciamiento del mundo occidental-euro-atlántico y un retorno ruso a la esfera eurasiática. Se sentía sobre todo una amarga frustración entre las élites rusas por la “promesa rota” verbal del gobierno de G. H. W. Bush de 1990 de no extender la OTAN hacia el Este europeo, y mucho menos anteportas de Rusia.

El episodio de esa “promesa rota” es digno de exponerse en este contexto, puesto que sus consecuencias han resultado nefastas, no solamente para las relaciones bilaterales ruso-americanas, sino para los nexos multilaterales ruso-euro-atlánticos, y sobre todo para las relaciones bilaterales ruso-alemanas. En febrero de 1990, se discutió formalmente en la reunión sostenida en Moscú entre el Secretario de Estado norteamericano James

Baker y el presidente de la (entonces y todavía) URSS, Mikhail Gorbachov, los pormenores del futuro geopolítico de la Alemania a reunificarse y de la OTAN en ese contexto. Hoy en día se sabe que Baker hizo anotaciones escritas a mano durante esa reunión, enfatizando la promesa verbal que se le hizo a Gorbachov en su momento de no expandir la OTAN hacia el Este europeo, confirmando así las conversaciones formales verbales al respecto, más no escritas y firmadas, entre el ministro alemán de relaciones exteriores del momento, Hans-Dieter Genscher, y su homólogo soviético Eduard Shevardnadze (Sarotte, 2014; Klussmann *et. al.*, 2009). Como resultado infortunado de aquellas conversaciones de febrero de 1990, se le dio a las élites de la URSS la impresión de que la OTAN no se expandirá hacia el Este europeo, más no se concretaron esas promesas en carácter legal-formal.

Sumando la humillante desarticulación de la URSS y la traumática transición económica y política interna, a los amenazantes eventos geopolíticos foráneos, es decir a la “promesa rota” verbal de Baker-Bush-Genscher de no expandir la OTAN, poco asombra que ha surgido y crecido, a nivel tanto de población como de élites, una percepción racionalizada, así como una persistente y dolorosa sensación histórico-psicológica entre los rusos que su país ha sido y sigue siendo irrespetado por su entorno inmediato, o sea por la comunidad euro-atlántica, por sus ex-aliados del CAME y del PV y hasta por las demás ex-repúblicas de la URSS, al asumir posiciones y políticas percibidas en Rusia como hostiles, si no antagónicas (Myers, 2015; Kalb, 2015; King, 2014). En este ambiente ruso nacional de aflicción y de decepción por su entorno geopolítico regional y mundial, apareció un liderazgo que, por su actuación decisiva y por sus políticas, por bien o por mal, y obviando su omisión de los valores, normas, y prácticas democráticas tradicionales, dentro y fuera de Rusia, parece haber satisfecho una necesidad de la mayoría de los rusos de sentir algo de autoestima, de sentido de un rumbo nacional y de confianza en el futuro, con o sin Europa.

¿Qué quiere Putin?

Apartando los grandes nombres de la literatura rusa, tales como Pushkin, Gogol, Dostoevski, Tolstoi, Nabokov y Bulgakov, hay dos más que hoy por hoy, por los títulos de sus respectivas y famosas novelas, marcan el estado de ánimo e inclusive las esperanzas de la sociedad y la política rusa nacional. La primera novela lleva el título “¿A Quién Culpar?”, de Aleksandr Herzen (1846) y la otra se titulaba “¿Qué Hacer?” de Nikolai Chernyshevsky (1863). Ambas novelas, irónicamente socialistas, reflejan las interrogantes o acusadoras o de auto-compasión que cada ruso/a enfrenta en estos tiempos al leer los titulares apocalípticos que los medios rusos de comunicación contemporánea masiva de toda clase difunden, casi a diario: “Pedro el Grande destruyó los valores rusos al copiar el estilo europeo”, “Gorbachov y

Yeltsin acabaron con todo”, “Obama quiere arrebatarle a Rusia la Ucrania”, “la OTAN declara a Rusia una amenaza”, entre otros similares (Sukhov, 2015).

Se trata de una negatividad y pesimismo que domina, muchos dirían, injustificadamente el estado de ánimo de la mayoría de los rusos, y a todo nivel de la sociedad y de la política nacional. Tal negatividad que ha venido acumulándose a raíz del derrumbe de la URSS y de la economía, ha sido guiada y resaltada por esas dos interrogantes: “¿A Quién Culpar?” y “¿Qué Hacer?”. El surgimiento de Putin como líder nacional más popular que nunca se debía, en gran parte, a la circunstancia de haberles dado a sus compatriotas una respuesta a esas dos interrogantes. Putin hizo lo que todo líder hace para calificar como tal: darle a su país un rumbo nacional, un sentido de una misión, objetivos consensuales y mostrarle el cómo llegar allí (Ewers, 2015; Arutunyan, 2014; Judah, 2014). Él escogió el nacionalismo *rusista* tradicional como una ideología e identidad cultural unificadora, a sabiendas de que cualquier otra ideología política dividiría y no uniría a la vasta entidad nacional. Designó la geografía de Rusia como base existencial duradera “bajo ataque” y por ende en necesidad de defenderse, dándole el carácter eurasiático para diferenciarla tanto de la Europa occidental como la China asiático-oriental. Le asignó a la versión ortodoxo-bizantina del cristianismo ruso el papel del tejido de una identidad cultural forjadora de unidad política.

Tanto el mensaje político de Putin y la imagen mediática (el macho ruso/ rusista: *muzhik*) que él constantemente propaga de su persona como líder, así como su política doméstica y exterior, independiente de los valores y métodos controversiales empleados en las mismas, desembocan en su objetivo principal de darles un rumbo definido, deseado y compartido a su país, resumido en este mensaje: “devolverle a los rusos la auto-estima, la gloria del pasado imperial, y la confianza en el futuro”. Dada la considerable popularidad actual de Putin de más de 80% entre la población en su país, se puede afirmar que su mensaje, más su *modus operandi*, principalmente en lo político, económico, social y mediático, está teniendo una impresionante resonancia. Ésta permite concluir que la estabilidad del sistema político y económico erigido por él, o sea “Putinismo 2.0” o “Kremlin, C.A.”, está casi garantizada hasta el año 2024, año en que termina su quinto período presidencial y queriendo, él mismo, lograrlo (White *et. al.*, 2014: 12). Desde una perspectiva empírico-analítica, tal estabilidad sistémica bien ayuda a entender y predecir mejor las futuras acciones de Moscú en cuanto a sus relaciones con Berlín en el contexto de los vínculos multilaterales rusos con la UE, la OTAN y con los Estados Unidos.

Abunda la bibliografía y hemerografía especializada que analizan los objetivos a corto y mediano plazo de la política exterior de Putin, en especial hacia los Estados Unidos, la UE y la OTAN, basándose, tanto

en lo que anuncia su gobierno, como en lo que el mismo concretamente implementa en materia de medidas y acciones nacionales, regionales y globales (Krastev & Leonard, 2015; Tretyakov, 2013; Krastev, 2014; Van Herpen, 2014; Trenin, 2011). Enfatizando que jerarquizar los objetivos de Putin no indica necesariamente el grado de su respectivo éxito, podemos resumir los objetivos de la política exterior de la Rusia putinista en el siguiente listado, siendo todos objetivos principales, con sus respectivos sub-objetivos secundario-complementarios, y de largo plazo, es decir geo-estratégicos. Vale resaltar que los primeros cinco objetivos son los más prioritarios y en el orden presentado, mientras que el resto están expuestos sin asignarle a ninguno prioridad alguna, ya que su logro individual o en conjunto depende en alto grado de la correspondiente y diversa capacidad que el Kremlin pueda poseer en el momento de atenderlos:

- Reclamar la gloria de la URSS en forma cuasi imperial neo-soviética, ya sea por capacidad económica, recursos naturales y poderío militar propio, no solo dentro de su espacio geo-cultural y geopolítico tradicional del *Extranjero Cercano*, sino en uno ampliado a una esfera eurasiática como contrapeso al espacio euro-atlántico y aquel asiático de China.
- Legitimar, consolidar y perpetuar el sistema político interno putinista, en especial sobre la base de su liderazgo personalista firme, nacionalista, jerárquico y estable, en contraste con el personaje endeble de Yeltsin y de su gobierno “vendido al Occidente”.
- Mantener a la influencia geopolítica, económica y militar de los Estados Unidos en Europa a un mínimo necesario, inevitable y tolerable para Rusia, o hasta neutralizar esa influencia, en particular a nivel la de la UE y de la OTAN, a fin de monopolizar o unilateralmente, o con apoyo de selectas potencias europeas, la escena geopolítica europea a costilla de las instituciones euro-atlánticas y en pro de aquellas eurasiáticas dominadas por la capacidad energética rusa.
- Extenuar, y hasta neutralizar, la influencia geopolítica, económica y militar de la UE y de la OTAN, a fin de evidenciar que ninguna de esas dos instituciones puedan servir de alternativa (y contra-balancear) para los ex-miembros de la URSS, CAME y PV, dominando la esfera geopolítica europea por las instituciones eurasiáticas UEE, CEI, OCS, OTSC.
- Ofrecer un liderazgo contra-balanceador y opuesto a la influencia estratégica y la supremacía militar, es decir hegemonía, estadounidense mundial, asistido por China en el seno de los BRICS y de la OSC, en pro de un mundo multipolar.

- Favorecer y colaborar con determinados países en Europa, en especial con Alemania, para así optimizar sus relaciones bilaterales y debilitar la unidad de la UE, explorando y explotando las crisis internas de la UE y (menos en) la OTAN para evidenciar su fragilidad e ineffectividad y así disuadir a los ex-miembros de la URSS, CAME y PV aspirar la membresía en esas dos instituciones euro-atlánticas.
- Ampliar el alcance de la influencia política, geopolítica, económica, infra-estructural, energética y/o militar de Rusia hacia toda esfera que represente un significado geo-estratégico a la misma, ya sea en términos subjetivos u objetivos, específicamente: la Europa eslavo-occidental (República Checa, Eslovaquia, Polonia), la eslavo-oriental (Bielorrusia, Ucrania), y la eslavo-meridional (ex-Yugoslavia, Bulgaria, Eslovenia), así como las regiones aledañas al Mar Negro, al Cáucaso musulmán, al Ártico y al sur de Siberia (ver el Mapa 1).
- Mantener ciertos conflictos en zonas fronterizas inmediatas de Rusia, en un estado de “congelación” o irresolución (Luhansk/Donetsk, Abjasia, Osetia del Sur) para subrayar así la imposibilidad de resolverlos y por ningún medio sin el beneplácito y la cooperación de Rusia. Es decir instituir a Rusia como la *nación indispensable* en su entorno geopolítico eurasiático inmediato.
- Usar esos “conflictos congelados” como escenarios de serias “amenazas foráneas” para asegurar la unidad política interna a favor de su gobierno y disimular la grave debilidad estructural y real comparativa y objetivamente comprobada de Rusia.
- Extender la influencia geo-estratégica de Rusia a regiones, desde las cuales se puede debilitar la influencia estratégica de los Estados Unidos, incluyendo en América Latina y el Sureste asiático.
- Aplicar el “poder suave” de Rusia (idioma, cultura e inversiones económicas) en toda región susceptible y vulnerable a la misma, en pro de consolidar ese poder suave.
- Usar las capacidades disponibles para Rusia, en particular cibernéticas y mediático/informativas, para dar a conocer su punto de vista, promover sus objetivos y, de paso, ayudar a sus aliados y debilitar a sus adversarios, a nivel mundial, en especial mediante los partidos políticos de la extrema derecha en Europa surgiendo, cada vez más activos, en países como Inglaterra, Hungría, Austria, Francia, entre numerosos más (ver Mapa 1).
- Mantener a los países de la UE y OTAN alarmados, confundidos e indecisos sobre las verdaderas intenciones y los próximos pasos político-diplomáticos y/o militares de Rusia, a fin de socavar y desviar su planificación y mantenerlos divididos e ineffectivos, en

especial, en lo que a la Política de Seguridad y Defensa Común (PSDC) de la UE se refiere.

- Enfatizar y aumentar el uso selectivo de la fuerza militar y/o aquella paramilitar mediante “conflictos híbridos” e incursiones aéreas y navales, a fin de imponerles a los países de la UE/OTAN mayores gastos en áreas de defensa y seguridad a costa de rubros sociales tradicional y electoralmente vitales para Europa occidental. La lógica del Kremlin en perseguir este objetivo es análoga a aquel de la “Iniciativa para la Defensa Estratégica” de Ronald Reagan de 1983, la cual obligó a la URSS a sobre-gastar y, por ende, colapsar 1989-1991. Putin aspira presionar a los países europeos a preferir capitular ante las demandas rusas, ante la opción políticamente desfavorable de incrementar infinitivamente los gastos de defensa.

3. 1991-2015: Alemania cambió: Cooperación coyuntural y rivalidad puntual con Rusia en el contexto euro-atlántico-eurasiático

A raíz de la reunificación en octubre de 1990 de las dos Alemanias anteriormente antagónicas, tanto la situación político-administrativa interna de la República Federal de Alemania engrandecida como su economía, su posición dentro de la alianza euro-atlántica así como su influencia geopolítica dentro del contexto eurasiático y euro-atlántico han cambiado positivamente para esa nación. Es cierto que las finanzas de Alemania siguen siendo presionadas por los costos de la integración estructural, económica y sobre todo social de la ex-RDA con la República Federal de Alemania (Lessenich, 2010), pero los dividendos políticos internos, económicos geopolíticos, geo-estratégicos, sociales y culturales superan los costos en los términos financieros y siguen altamente tangibles para la unificada nación alemana. Vale recordar que el proceso y el resultado de la reunificación tuvieron lugar como consecuencia linear, aunque indirecta, de las reformas soviéticas de la *Perestroika* bajo Mikhail Gorbachov y del anuncio unilateral soviético del fin de la Guerra Fría en diciembre de 1988 ante la ONU.

La reunificación alemana fue un producto nacido principalmente de las circunstancias geopolíticas inter-europeas resultantes del fin del enfrentamiento Este-Oeste y no el mérito de los propios alemanes. Las corrientes ideológicas, políticas y sociales internas alemanas en pro de la reunificación contribuyeron significativamente a acelerar y concluir ese proceso exitosamente. Desde la perspectiva geográfica, la Alemania reunificada se ha convertido en el país más grande en Europa. Con la incorporación de la ex-RDA, es decir, de los nuevos estados federales (Länder), al área alemana federal se incrementó por casi un tercio para llegar a un total de aproximadamente 360.000 kilómetros cuadrados. La Alemania

unida es, al final de la división Este-Oeste, un país típico de tránsito, o sea un territorio puente para todo movimiento humano y de bienes que necesitan atravesar Europa de norte a sur, de este a oeste o vice versa.

Desde la perspectiva de la seguridad territorial, la Alemania acrecentada se encuentra, por primera vez en su historia, rodeada por Estados amistosos, o hasta puede decirse satíricamente que está encerrada por Estados amigos y hasta aliados de la UE, de la OTAN o de ambos organismos. La Alemania unida cuenta actualmente con nueve países directamente adyacentes y está, en comparación internacional, en el cuarto lugar, después (y en este orden) de Rusia, China y Brasil en cuanto a la cantidad de países contiguos. Una importante consecuencia geopolítica de la reunificación y ampliación de Alemania es la continuidad de su apego ideológico, político, económico, industrial-tecnológico y socio-cultural al bloque occidental euro-atlántico. Quedan aminoradas las fuerzas militares de los Estados Unidos y Gran Bretaña estacionadas en Alemania, mientras que las fuerzas armadas alemanas (Bundeswehr) se han reducido drásticamente y el ingreso y el servicio militar es, desde 2011, de carácter voluntario. En términos netamente teóricos y notando las características anteriormente señaladas, una guerra convencional, corta o prolongada, en Europa Central no es factible, aunque las crisis de los “conflictos congelados” de Ucrania y Georgia bien pueden desarrollarse, en particular por la existencia de la OTAN y por la “enérgica actuación híbrida” rusa en su *Extranjero Cercano*, en conflictos militares con desenvolvimiento abierto, es decir, con posible uso táctico y/o estratégico de armas nucleares (Conca, 2014).

El imponente factor geo-económico alemán

La potencia económica de Alemania también le proporciona una posición de ascendencia geopolítica en toda Europa. Con su PTB de US\$3.853 billones para 2014, Alemania es, después de los Estados Unidos, China y el Japón, la cuarta economía más potente. Aparte del papel comercial altamente vital para la preeminencia geopolítica de Alemania en Europa, es su capacidad industrial exportadora la que igualmente influye sobre esa relevancia. La ingente necesidad energética de la industria alemana y su ubicación geográfica (relativamente cercana a Rusia) convierte a Alemania en el cliente más natural, factible y confiable de Rusia, si no fuera por las crisis geopolíticas en Europa y por la divergente orientación en las políticas exteriores de Alemania y de Rusia. Por otra parte, el país más grande en el mundo, con el 23% del total mundial en reservas de gas natural, es el líder mundial en tales reservas tan ineluctables para la industria alemana. De acuerdo a la Agencia Federal de Estadísticas de Alemania, Rusia exportó para 2014 un volumen de €38.4 millardos euros (mayormente crudo, petróleo y gas natural) a Alemania (N° 10), mientras que ésta exportó un total de €29,3 millardos a Rusia (N° 13), subrayando la alta dependencia

energética alemana, en especial, de Rusia (Cancillería de la República Federal de Alemania, 2015; Lachmann, 2012), porque el 55% de la demanda energética alemana se basa en petróleo y gas natural, un tercio de la cual provee Rusia.

La inversión total de las empresas alemanas en la Federación Rusa ascendió cumulativamente a unos US\$21.3 billones en 2014, de los cuales US\$12.7 billones representaban inversión extranjera directa. Sin embargo, y debido a las sanciones acordadas por la UE contra Rusia en julio de 2014, el volumen de comercio bilateral disminuyó en enero y febrero de 2015 por 35%, mientras que las exportaciones alemanas a Rusia contrajeron en ese mismo lapso por 34% y las exportaciones rusas a Alemania se redujeron en un 36%. Alemania, sin duda alguna, representa el poder económico más importante en la UE, pero su participación en el producto interno bruto de la zona del euro es del 27.8%, ligeramente superior a la de Francia de 21,4%. Es por esta circunstancia, y debido además al alto grado de interdependencia europea en el comercio continental, que la inversión directa de Alemania fuera de Europa depende de los otros estados miembros de la UE, de su política económica y de la capacidad de sus respectivos mercados financieros; así como de las políticas de la UE y de la Unión Monetaria Europea (UME) en su conjunto, atando la política exterior y comercial alemana ante Rusia a las políticas de la UE (Link, 2015).

Alemania se ve en la concepción e implementación de su política exterior contemporánea, y en particular, en sus relaciones bilaterales con Rusia, tentada a asumir un papel líder y precursor por su alta preeminencia económica y geopolítica en Europa. Sin embargo, se siente a la vez restringida en asumir un papel prepotente por motivos históricos y por el temor de ser tildada de arrogante y presumida; como las críticas de los medios de comunicación griega a Alemania lo han demostrado durante la crisis financiera de Grecia en 2015. Más bien el tono de la comunidad académica, en materia de política exterior alemana, tiende a llamar a la moderación y a equilibrar los intereses vitales de Alemania con aquellos de la UE y de los Estados Unidos en lo que a su actuación frente a otras importante potencias como Rusia y China se refiere, incluyendo autores de la tolda conservador-nacionalista (Link, 2015; Voigt, 2014; Pradetto, 2015). De hecho se puede calificar al dilema de la nación alemana en la Europa y el mundo actual como demasiado fuerte en lo económico-industrial para ser ignorada y demasiado endeble en lo político-continental para imponer su voluntad.

La lectura geopolítica que tanto Alemania como los demás países, ya sean aliados, vecinos y/o rivales, derivan de la historia es que las guerras en los dos últimos siglos han sido resultados de los más ambiciosos intentos de Alemania de acrecentar y elevarse en su jerarquía regional a la cima de la misma. De allí que al formarse el Segundo Imperio/Reich de Guillermo I

en 1871 y el Tercer Imperio/Reich de Adolfo Hitler de 1933, para imponer su voluntad a nivel continental y hasta global, terminaron en guerras mundiales y en el descenso alemán en su respectiva jerarquía (Citino, 2005). Para los decisores nacionales en Europa y más allá de la misma, el hecho de que Alemania se haya levantado en el siglo XX y XXI nuevamente para ocupar un preeminente puesto en la jerarquía económico-industrial europea y mundial, no significa automática y linealmente que ésta deba o que tenga que asumir un papel superior de liderazgo político regional y global. Así que la actual cautela de Berlín en su política regional obedece a razones histórico-psicológicas que no pueden descartarse solamente por haber ascendido a una altura geopolítica y, sobre todo, geo-económica aventajada.

Otro motivo para esa moderación político-diplomática contemporánea alemana reside en la política doméstica y las respectivas trascendencias externas de la cada vez más eminente nación germana. El concepto ideológico conservador-cristiano de la Cancillera Ángela Merkel, su estilo político personal orientado hacia mantener un balance de intereses justo y provechoso para todos los involucrados y de, además, no incitar desacuerdos internos innecesarios con su actual coalición gobernante con los social-demócratas alemanes bajo Sigmar Gabriel, así como la deuda histórica que Alemania tiene antes y después de 1990 con los Estados Unidos, combinan para producir esa medida estabilizante. Por otra parte, las diversas obligaciones alemanas con los demás miembros de la UE y con sus aliados euro-atlánticos en la OTAN obligan a Berlín a balancear las mismas con la necesidad de proteger y rescatar sus importantes inversiones en Rusia. Vale notar que las infrecuentes discordias de Berlín con Washington, D.C., como las simbolizan el escándalo por el caso Edward Snowden, el espionaje telefónico de la NSA estadounidense en Alemania, radicar misiles anti-misiles en Europa del Este o enviar armas medianas y pesadas a Ucrania, no perturban el ambiente generalmente muy cooperativo entre esas dos capitales.

¿Qué quiere Alemania?

En Berlín se opera por la premisa política que la adhesión de Alemania a los Estados Unidos y la cooperación bilateral franco-alemana representan los dos enfoques primordiales para la cancillera Merkel y que ella se adjudicó dirigir y controlar personalmente ("Chefsache"); mientras que los demás temas de la política exterior alemana recaen sobre el ministro correspondiente, el socialdemócrata Frank-Walter Steinmeier. Dentro del contexto de la complejidad estructural de la política doméstica alemana, en particular en vista de los compromisos políticos adquiridos al formarse la actual coalición demo-cristiana (CDU) con los socialdemócratas (SPD), se identifican claros contornos un tanto contradictorios de la política exterior alemana. Estos contornos oscilan, mejor dicho, vacilan entre jugar un papel geopolítico e inclusive militar más determinante en asuntos regionales y globales por un lado y mantener un perfil político-externo más bajo por el

otro, a fin de asumir responsabilidades que por motivos fiscales internos Alemania no podrá resolver satisfactoriamente.

Es de allí que se explica y se justifica este tenaz interés, a nivel tanto gubernamental como popular, de concentrar el papel político externo alemán en temas y/o regiones donde sus esfuerzos tienen más probabilidad de éxito palpable y provechoso a corto y a largo plazo, como lo ha demostrado la reacción alemana a la crisis financiera de Grecia en el año 2015. Aunque el mismo presidente alemán, Joachim Gauck ha llamado a su país a asumir mayores responsabilidades políticas y financieras, y hasta militares, en asuntos internacionales, más del 60% de la población está en contra de asumir este papel alemán “internacionalizado” (Nünlist, 2014: 4). El papel político, ideológico, geopolítico y económico internacional de Alemania se puede resumir en los siguientes puntos, de acuerdo a los parámetros y al orden de importancia expuesto:

- Adhesión al bloque occidental europeo y al euro-atlántico liderado por los Estados Unidos.
- Orientación hacia la integración europea, en especial las relaciones bilaterales franco-alemanas, y el multilateralismo en la prevención de crisis y de conflictos, así como hacia la resolución pacífica y diplomática de tales crisis.
- Maximizar su economía, optimizar su producción industrial y aumentar sus exportaciones mundiales, manteniendo a la vez un perfil y una proyección geopolítica relativamente baja, pero sin perjudicar su creciente poder geo-económico.
- Reforzar la tradicional “política oriental” *Ostpolitik* alemana de minimizar las divergencias con los países de Europa del Este (especialmente Rusia) y optimizar las relaciones con los mismos.
- Abogar por el respeto a los derechos humanos, libertad de expresión y del orden democrático en todo país donde se consideran deficientes estos aspectos.
- Mejorar las condiciones de toda clase a nivel local en toda región del mundo en pro de las inversiones y exportaciones (incluyendo armamento) alemanas a esa región.
- Usar su peso económico-industrial y financiero, fundamentado mayormente en su sector privado, para promover la vía diplomática en resolver crisis y conflictos, en particular aquellos “congelados”, en pro de la paz en las esfera europea y eurasiática, no en calidad de una “potencia imponente”, sino una “forjadora”: *Gestaltungsmacht*.

Con todo lo que parecen tan idealistas y generalizados los objetivos nombrados anteriormente, no se puede ignorar su primordial valor normativo, positivo y alentador, en el sentido que, y a cambio de aquellos rusos, no aluden a circunstancias históricas pasadas, y no insinúan rencores. A cambio de Rusia, Alemania no reclama declaradamente posiciones de supremacía geopolítica y militar, tampoco exigen zonas propias de influencia al estilo ruso de un *Extranjero Cercano*, y no expresan aspiraciones territoriales. Sin embargo, existen varios puntos de concordancia entre las política exterior rusa y aquella alemana, expresados en la Asociación Estratégica entre la UE y la Federación Rusa (AEUEFR), como la necesidad de implementar la no-proliferación de armas no-convencionales, combatir el terrorismo, especialmente aquel fundamentalista radical, aliviar los cambios climáticos, e introducir reformas de la ONU (Spanger, 2011a; Haluani, 2009).

Aparte del marco referencial general de la AEUEFR, Berlín y Moscú firmaron en abril de 2005 la „Declaración Conjunta sobre la Asociación Estratégica germano-ruso en Educación, Investigación e Innovación“, enfatizando la voluntad política de ambos países de desarrollar una estrecha cooperación en una amplia gama de áreas de investigación científica. Este mismo acuerdo se modificó en julio de 2009, convirtiéndose en el Acuerdo de Cooperación Científica y Tecnológica (CCT). En este sentido se llevó a cabo con éxito un “Año germano-ruso de Educación, Ciencia e Innovación” 2011-12, al cual se hizo referencia anteriormente. No obstante esa voluntad política, la crisis de Ucrania/Crimea ha congelado el CCT y la AEUEFR a partir de marzo de 2014, poniendo en duda tal desarrollo en vista de la actuación de Moscú en la Crimea y hacia la Ucrania.

Hoy por hoy no son solo los gobiernos que conciben, determinan e implementan la política exterior de sus respectivos países en todos sus aspectos y etapas. El sector privado, en particular en aquellos países altamente industrializados, juegan un papel decisivo, aunque no tan público, en identificar y realizar los objetivos de la política exterior de su correspondiente gobierno. Alemania y Rusia no son ninguna excepción. En el año 2000 se formó el Grupo de Trabajo Estratégico Alemán-Ruso para la Economía y Finanzas, conocido en sus siglas alemanas como SAG, donde tanto agencias gubernamentales como empresas manufactureras y energéticas alemanas de alto y mediano nivel *Mittelstand* permanentemente consultan con sus homólogos rusos en materia de cooperación económica, industrial y financiera entre Alemania y Rusia. En temas específicamente energéticos, la Agencia Energética Alemana-Rusa, fundada en 2009 y conocida como RUDEA, es de alta relevancia en las relaciones ruso-alemanas (Szabo, 2015).

Sumándose a las importantes actividades del CCT, de SAG y de RUDEA, aunque actualmente en menor grado activos después de la

anexión formal rusa de la Crimea en marzo del 2014, no se puede obviar el papel de otras agrupaciones bilaterales que igualmente operan en pro de una óptima cooperación económica ruso-alemana, tal como el Club Valdai, Petersburger Dialogue, Foro Alemán-Ruso, el Intercambio Juvenil Alemán-Ruso, Grupo de Trabajo para Política de Seguridad, además de la Asociación Federal de Sociedades Alemanas Este-Oeste. Más allá de las mencionadas agrupaciones empresariales y societales de alto nivel de lobby industrial, manufacturero, energético y financiero, las numerosas cámaras de industria y comercio a todo nivel en Alemania, diversas organizaciones no-gubernamentales enfocadas en temas de reparaciones financieras y materiales para damnificados y refugiados y desplazados alemanes de territorios soviéticos durante y después de la II Guerra Mundial. Son numerosos y complejos los temas que configuran la esencia y la calidad de las relaciones ruso-alemanas actuales, unos problemáticos de su pasado común, pero otros prometedores orientados al futuro.

Es ineludible señalar en este contexto que existen actualmente en Alemania dos corrientes político-ideológicas y mediáticas en lo que a Rusia se refiere. Ambas contribuyen a animar la discusión sobre la respuesta alemana a la política continental de Moscú, pero dejando suficiente espacio para una respuesta de Berlín menos polarizada. Por un lado, se publica amplia y vociferantemente por parte de políticos, académicos y periodistas de tolda generalmente conservadora los argumentos y ejemplos que describen a Rusia como peligroso agresor y perturbador de la paz en Europa, irrespetuoso de las normas vigentes del derecho internacional público y tozudo en imponer su voluntad geopolítica sin medir las consecuencias para la estabilidad regional, llamando además a seguir un curso más firme contra Rusia (Hössle, 2015; Stuermer, 2010; Herzinger, 2015). Por el otro, aboga una serie de políticos, académicos y periodistas de tendencia mayormente socialdemócrata y llamados los “comprendedores de Rusia” *Russlandversteher* que explican, sin necesariamente justificar, la política continental de Rusia como una reacción comprensible a una política norteamericana y euro-atlántica de incursar injustificada y provocativamente en la esfera tradicional de la influencia geopolítica del *Extranjero Cercano* de Rusia, arrinconarla y restringir su proyección regional e internacional (Bahr, 2015; Eppler, 2015; Krone-Schmalz, 2015).

¿Cómo aspira Alemania lograr sus objetivos?

La ubicación geográficamente trascendental de Alemania en la región nor-céntrica de Europa y su considerable peso económico-industrial le proporciona, teóricamente, una ventajosa posición en términos geopolíticos y diplomáticos. Sin embargo, su relativamente bajo peso específico militar y su dependencia en materia de seguridad y defensa de la OTAN, en particular del paragua misilero y nuclear regional estadounidense,

reduce marcadamente el poder autónomo negociador de Alemania y la obliga a coordinar sus objetivos y la agenda de negociación con sus aliados en la OTAN y en la UE, en especial con los Estados Unidos y Francia, respectivamente, y en la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE). A cambio de Rusia, y en cuanto a la autonomía de Berlín en tomar decisiones en su política exterior, Alemania tiene, a nivel doméstico, ciertas restricciones estructural-sistémicas (parlamento/Bundestag), político-partidistas (coalición gobernante) y mediáticas (opinión pública), así como otras regionales e internacionales a nivel de la UE y la OTAN. Mientras que Putin consulta habitualmente con un reducido y selecto grupo de asesores de alta confianza personal de él, Merkel tiene que absolver todo un proceso de consultas institucionales antes de tomar determinadas decisiones, en particular en materia de política exterior.

Toda respuesta de la Cancillería berlinesa a actuaciones del Kremlin moscovita en Europa significa, en general y en principio, que se trata de reacciones alemanas a acciones rusas, más no iniciativas propias de Berlín en esta materia. Toda iniciativa o respuesta diplomática alemana requiere balancear los intereses alemanes con aquellos de las potencias e instituciones, tanto europeas como euro-atlánticas aliadas de Alemania, lo cual diluye en cierta medida el peso alemán en cada iniciativa o reacción conjunta de la UE y de la OTAN, aunque en esencia es muy alta la coincidencia conceptual y funcional entre los valores alemanes y aquellos europeos (Bonse, 2015. Janning, 2015). No obstante, esta osmosis conceptual y funcional entre Berlín, Estrasburgo y Bruselas, Rusia representa una dimensión demasiado especial para Alemania para ser ignorada de antemano, de modo que Merkel ha demostrado querer y poder seguir una política propia y un tanto independiente de Europa en lo que a intereses alemanes y relaciones bilaterales con Rusia se refieren. Así fue que Merkel visitó Moscú el 10 de mayo de 2015, siguiendo “a medio” la invitación de Putin con motivo de las festividades tradicionales rusas del Día de la Victoria (9 de mayo), es decir, Merkel manifestó el interés alemán en Rusia, pero sin presenciar el desfile militar, respetando así el espíritu de las sanciones europeas contra Rusia.

Los Protocolos de Minsk I de septiembre de 2014 y Minsk II de febrero de 2015, subrayan la motivación e iniciativa diplomática alemana, conjuntamente con la francesa, en pro de condiciones geopolíticas favorables a la paz en Europa. Aparte del parámetro político doméstico y aquel europeo para la desempeño diplomático regional alemán, el factor Washington, D.C. es definitivamente el más influyente. Concretamente, son cuatro temas que Berlín tiene que considerar al incluir el vector Estados Unidos en la política exterior alemana hacia Rusia: los intereses geoestratégicos de seguridad y defensa norteamericanos en Europa y en la esfera eurasiática, las relaciones Estados Unidos-Rusia y aquellas Estados Unidos-Alemania. Cada uno de estos temas lleva sus ventajas y desventajas para Alemania. Los primeros tres, es decir la gama de los intereses geoestratégicos norteamericanos

en Europa y en la esfera eurasiática y sus relaciones con Rusia involucra directamente aspectos de seguridad regional europea vitales para Alemania, dada la superioridad estadounidense en los mismos por su peso político y militar predominante, ya sea convencional o nuclear, en la OTAN. A raíz de las sanciones euro-atlánticas contra Rusia, las labores de tanto la Asociación para la Paz (ApP), donde Rusia es miembro desde 1994, como del Consejo OTAN-Rusia (OTANCR) de 2002, has sido suspendidas desde abril de 2014.

Por otra parte, todo tema de seguridad y defensa europea está sometido a calidad de las relaciones ruso-estadounidenses. A los 26 años del fin de la Guerra Fría, Europa se ve en las garras de otra guerra fría entre una Rusia repotenciada y reclamante de mayor presencia e influencia regional por un lado y los Estados Unidos que pretenden defender y perpetuar la estabilidad de su permanencia en Europa como factor prepotente y líder en el bloque occidental euro-atlántico, por el otro. En cierto modo, a los Estados Unidos no quiere ver al “frente europeo” de la OTAN fragmentándose y debilitándose ante las presiones geopolíticas rusas y por la discordia inter-europea en cuanto cómo enfrentar esas presiones. Esto justifica y explica el consistente empeño diplomático de Berlín en lograr el mayor grado posible de concordancia política inter-europea y mantener abiertos, a la vez, los canales de comunicación con Moscú, siendo Alemania un omnipotente miembro de tanto la UE como de la OTAN (Schneider, 2015) y pudiendo jugar así el rol de una “fuerza integradora de valores” en Europa (Münkler, 2015a: 56).

Cómo un acto absolutamente ilegal y potencialmente belicoso, la diplomacia alemana rechaza la anexión rusa de Crimea, pero reconoce a la vez que ya es una realidad geopolítica imposible de replegarse. Entiende además que la crisis ucraniana representa esa clase de situación que no solo justifica, sino refuerza la presencia y la actuación norteamericana proactiva en Europa, inclusive militar dentro o fuera de la OTAN, con tal de preservar su influencia. Crisis agudas en Europa, especialmente aquellas beligerantes conducentes a conflictos bélicos, encajan en la tradicional argumentación geopolítica estadounidense de que Europa no puede encontrar la paz y la estabilidad geopolítica sin el factor balanceador y sin la intervención periódica de los Estados Unidos en el Continente Viejo. Además, Tal intervencionismo sirve para evitar que Rusia adquiera algún grado de monopolio sobre suministro de gas y petróleo como el planeado proyecto del Turkish Stream o aquel similar griego.

De acuerdo al director de la empresa norteamericana Stratfor, George Friedman, ha sido política de los estadounidenses intervenir en Europa cuando el equilibrio se altera significativamente. Así que los Estados Unidos entraron en la I Guerra Mundial en abril de 1917, a los dos meses de la abdicación del zar Nicolás II, con el fin de contrabalancear a sobrepeso

geopolítico del Segundo Reich alemán (Friedman, 2015). Asimismo, la participación de los Estados Unidos en la II Guerra Mundial sirvió para evitar que una Alemania anti-democrática dominara Europa. En este sentido, es además objetivo de los Estados Unidos impedir una alianza o alta cooperación a la larga entre una Rusia repotenciada (sin o con Putin) y una Alemania dominante en Europa, siendo tal alianza o cooperación, trazando vínculos potencialmente predominantes entre la ciencia y tecnología y el capital alemán por un lado y los recursos naturales y humanos de Rusia por el otro, representando así una competencia inaceptable y difícil de superar para los intereses geoestratégicos de los Estados Unidos en Europa (Deutsche Wirtschafts Nachrichten, 2015).

La perspectiva rusa de las relaciones ruso-germanas diserta una visión diferente. Moscú opina que para Alemania, sus nexos con los Estados Unidos bien pueden presentarse como una “trampa geopolítica”. Al aplicar la fórmula suma-cero a las relaciones bilaterales ruso-germanas, es decir, optar por mayor cooperación con los Estados Unidos a costilla de mayor acercamiento a Rusia, a pesar de la repudiada anexión de la Crimea por Rusia y de su actuación clandestina en el conflicto ucraniano, Alemania podría enajenar innecesaria y comprometidamente a Rusia. La lógica tras este cálculo ruso representa la probabilidad de arriesgar una fructífera cooperación con la cercana Rusia por aliarse infundadamente con la lejana potencia estadounidense. Ha de notar como trasfondo de esta lógica la imprevisibilidad de los futuros acontecimientos en Europa en áreas como el grado y la distribución del crecimiento económico y las tensiones políticas y étnicas inter-europeas, el posible debilitamiento del papel global y, en especial, del compromiso de los Estados Unidos en Europa, el desenvolvimiento y el efecto negativo de la crisis de Ucrania sobre la unidad europea, y las consecuencias de la agudización de la confrontación con Rusia, siendo estos escenarios “un área gris nebulizada de imprevisibilidad” (Oganesyan, 2015).

En septiembre de 2014, la entonces designada Alta Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, Federica Mogherini, estableció que Rusia ya no es parte de Asociación Estratégica con la UE. Esa opinión se constó, mientras tanto, como prematura y posiblemente equívoca, puesto que Rusia posee numerosas ventajas económicas que ofrecer para la UE y en especial para Alemania. La piedra de tranca en las relaciones ruso-UE y ruso-alemanas es obvia y peligrosamente la crisis ucraniana. Esta crisis no es cualquiera, puesto que involucra a Rusia como potencia nuclear, miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU (CSUNO) y su vasto y estratégico potencial para el desarrollo económico-industrial de Europa. Es cierto que los actuales conflictos en el Medio Oriente y el África son más complejos y sangrientos, pero el CSUNO ha logrado hasta la fecha un notable consenso en como enfrentarlos, contenerlos y hasta resolverlos, como lo demuestra el consenso ruso-estadounidense sobre las armas

químicas del régimen sirio de Bashar el-Assad y las exitosas negociaciones de las grandes potencias con Irán para resolver, aunque temporalmente, las ambiciones nucleares de Teherán.

La crisis ucraniana que comenzó en febrero de 2014 se mostrará a la larga como más peligrosa que las crisis del Medio Oriente y África por involucrar posible y directamente a la Rusia nuclear y a sus angustias de la incursión geopolítica occidental en su unilateralmente aclamado *Extranjero Cercano* y por implicar a la UE, la OTAN y a los Estados Unidos en una postura antípoda a la rusa. Es en tal entorno que la política alemana, de mantener un diálogo servible y abierto, con Rusia no resultará imposible, dados los probados intereses bilaterales y mutuamente recíprocos de las dos naciones, conducentes a mantener abiertas las negociaciones entre la UE y Rusia, ya sea en el marco de los Protocolos de Minsk I y II o de la OSCE. Alemania sola no puede ni ofrecer ni garantizarle a Rusia la opción adelantada por ésta de “finlandizar” la Ucrania y las ex-repúblicas soviéticas bálticas. Menos puede Alemania sola garantizar la “finlandización” de los ex-miembros del PV, por constituirse todos ellos ya en países soberanos. Además, tal oferta o garantía nunca podría sostenerse sin tener presentes los intereses de los Estados Unidos en Europa, aunque la superpotencia norteamericana reorienta cada vez más el enfoque de la proyección de su poder hacia la esfera Pacífica (Münkler, 2015b). Esta es la misión diplomática y negociadora de Alemania en pro de una Europa estable y acondicionada para los intereses de todos los involucrados y afectados, incluyendo los euro-atlánticos-estadounidenses y para aquellos ruso-eurasiáticos.

4. Eurasianismo ruso como contrapeso geopolítico al Euroatlantismo occidental: Factores propicios y otros contrarios

La aglomeración territorial eurasiática representa una dimensión geopolítica imposible de ignorar al pretender abordar adecuadamente el futuro rol combinado en el venidero desarrollo de la Europa atlántica de las ambiciones post-imperial-soviéticas de la Rusia putinista por un lado y de la potencia geo-económica de Alemania, por el otro. Eurasia juega un papel preponderante en el rol ruso-germano por dos razones que atañen más que todo a Rusia: la ubicación de más de la mitad de esa nación en la masa geográfica eurasiática, y segundo por la extensa y múltiple injerencia de China sobre Rusia. Podemos hasta aseverar que muy poco sucederá en el espacio euro-atlántico sin algún impacto, sobre todo de índole económico-energética, de parte de la Rusia cada vez más afectada por los ambiciosos proyectos geopolíticos del desarrollo de China hacia el ámbito eurasiático. Todo impacto ruso sobre la Europa atlántica será afectado en gran medida por su interfaz espacial-estructural, geopolítica y geo-estratégica, así

como sus nexos funcionales, o sea económico-energéticos, industriales y demográficos con China.

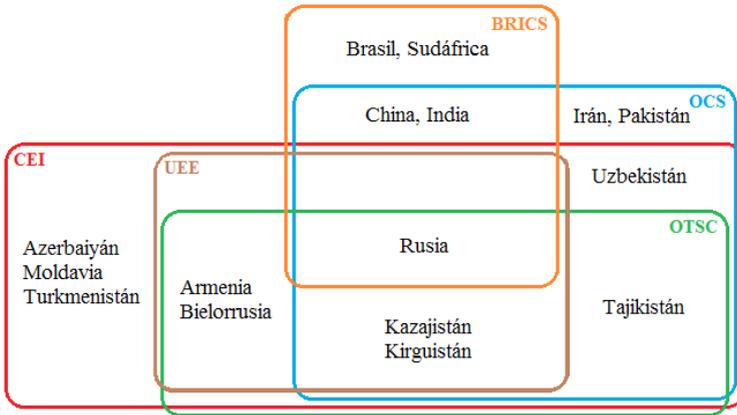
Europa y Asia constituyen la conexión territorial contigua más grande del planeta entre dos continentes, designándose como Eurasia y siendo en realidad un término geográfico geológico, pero con imponderable adaptación y aplicación geopolítica y geo-estratégica para así introducir un nuevo continente compuesto. Eurasia consta de una superficie de unos 55 millones de kilómetros cuadrados y alrededor de 4.7 millones en población, siendo la línea geográficamente divisoria montañas y ríos de los Urales rusos. En su famosa novela *1984*, el escritor inglés George Orwell había destinado a Eurasia como una de tres superpotencias ficticias, compitiendo con las otras dos Oceanía y Eastasia, por la supremacía mundial. En nuestra era contemporánea de acelerada globalización a todo nivel y en todo sentido, las divisiones geográficas proporcionan un limitado aporte a entender los vínculos de múltiple naturaleza y niveles que integran las relaciones internacionales entre diversas potencias ubicados en distintos espacios geográficos, ya sean contiguos o distantes.

Sin embargo, la dimensión geopolítica y geo-estratégica de una Eurasia multi-nacional es indispensable para completar el cuadro analítico sobre el impacto de la Alemania dominante en Europa y la Rusia post-soviética aspirando reestablecer un imperio geopolítico, cuya mitad territorial oriental se encuentra en el Asia y conectada en varios e trascendentales aspectos con China. Aun siendo un concepto geográfico, aspectos históricos, religioso-civilizatorios, socio-culturales, políticos, económicos, militares, así como tecnológicos entran para constituir un factor tanto unificador, como el impacto asiático-mongol (“Las Hordas Doradas”) sobre la cultura rusa a partir del siglo XIII, como divisor, como lo la rusificación de los territorios asiáticos apropiados por la Rusia imperial-zarista a partir de 1533 (Bassin *et. al.*, 2015; Beckwith, 2011; Evans, 2006). Eurasia, habiendo sido en términos geográficos un “patio trasero” para la Rusia yeltsinista ansiosa por asociarse con la esfera euro-atlántica, representa hoy por hoy para la Rusia putinista una opción atractiva y viable para lograr, con apoyo ciertamente limitado y condicional de China, compensar su influencia geopolítica disminuida en Europa occidental, complementando esa compensación en un futuro próximo con una asociación estratégica bilateral con una Alemania decepcionada de la UE.

El vector eurasiático ruso ante las instituciones eurasiáticas

El conjunto de países eurasiáticos dispuestos a cooperar con la Rusia putinista cubre la masa terrestre eurasiática en su totalidad, proporcionándole a Moscú la oportunidad de recuperar cierto grado de la influencia geopolítica de la URSS, agrandándose geo-estratégicamente hacia

el este asiático mediante su integración en diversas instituciones regionales y multilaterales asiáticas y consolidando así su proclamado papel de hacer de Rusia un puente territorial hacia el este asiático indispensable para la Europa atlántica. En total existen actualmente cuatro organizaciones que pretenden integrar el espacio eurasiático en parámetros institucionales: la Comunidad de Estados Independientes (CEI), la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC), la Unión Económica Eurasiática (UEE), así como la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), mencionados anteriormente en el capítulo 2 del presente ensayo. En el siguiente Esquema Gráfico 1 se exponen los vínculos institucionales entre los países eurasiáticos en el seno de esas cuatro instituciones, más el bloque de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) por la membresía de Rusia y China en el mismo, así como en los cuatro órganos anteriormente señalados:



Esquema Gráfico #1: Los vínculos institucional-regionales de los países eurasiáticos.

La noción de Eurasia como una definida entidad geográfica, con una identidad político-civilizatorio-cultural propia, más una incontestable connotación geopolítica, complementada por propio valor geo-estratégico, no es nueva. En el caso particular de Rusia, la idea eurasiática había nacido en los círculos de los exiliados rusos en la década de 1920 viviendo en Europa a salvo del Bolshevismo soviético. Tanto el eurasianismo tradicional como el neo-eurasianismo rusificado contemporáneo tiene sus raíces en los escritos eslavófilos y occidenfóbicos de Konstantin N. Leontiev (1831-1891), los cuales abogaron por vínculos culturales más estrechos entre Rusia y el Este asiático, con el fin de contrarrestar la influencia antimonárquica, revolucionaria e igualitaria europea catastrófica de la época. El eurasianismo, reflejado también en las obras del anteriormente citado Aleksandr Herzen, aboga por una civilización rusa que no esté afiliada a la

categoría de "europeo" y que debe encontrar y cultivar la propia, enclada en su ubicación geo-cultural entre, y a la vez combinada con, la europea y aquella asiática (Bassin *et. al.*, 2015).

Los eurasiánistas de los años 1920s, representados por aristócratas y publicistas como Nikolai Trubetskoi, Pyotr Suvchinskii y Pyotr Struve, esperaban que la recién creada URSS pudiera adoptar una identidad nacional rusa acomodadora de valores culturales asiáticos más que netamente aquellos europeo-cristiano-ortodoxos, sin internacionalismo proletario ateaista. Es obvio que la evolución posterior de la URSS decepcionó al movimiento eurasiánista de los 1920 y 1930, pese al manifiesto anti-occidentalismo y el euro-atlantismo soviético, hasta la caída de la misma en 1989, dando paso a la creación del *neo-eurasiánismo* entre los 1970 y 1990 bajo el historiador ruso Lev Gumiliov (1912-1992). Habiendo evolucionado en lo metodológico-científico bajo Gumiliov, el neo-eurasiánismo no se diferenciaba en lo esencial y mayormente del eurasiánismo clásico, excepto que las caóticas circunstancias de la transición del sistema soviético a la Rusia actual más la rasante globalización y el creciente dominio occidental de las diversas tecnologías, en particular la comunicacional y la militar, han incitado mayor nacionalismo y anti-occidentalismo eslavófilo ruso.

Es en este contexto nacional-rusista que nació el Partido Eurasia, posterior y actualmente llamado el Movimiento Eurasiánista (ME), bajo liderazgo de Aleksandr Dugin, cuyas ideas geopolíticas y objetivos políticos se ubican ideológica y políticamente en el ámbito derechista-radical además de belicista (Dugin, 2015 y 2012; Heiser, 2014; Laruelle, 2012). Dugin, cuya influencia intelectual-geopolítica en los círculos del "Kremlin, C.A." y más allá del mismo entre las élites civiles y militares está bien documentada (Trenin, 2011; Clover, 1999), aboga activamente por salvar a Rusia de la decadencia y la amenaza occidental de toda índole, a todo nivel y desde todo ángulo geográfico. Tanto el ME como la Unión de la Juventud Eurasiánista (UJE) de Dugin llama a proteger a Rusia y a su *Extranjero Cercano*, en especial a los países asiáticos de la CEI, del avance euro-atlántico rusofóbico y a expulsar a los Estados Unidos de Europa y de Eurasia, creando una poderosa Unión Eurasiática (Heiser, 2014; Van Herpen, 2014).

La visión ciertamente ultranacionalista, chauvinista, revisionista y anti-atlántica de los neo-eurasiánistas rusistas en la Rusia contemporánea, considerada por éstos como distinta al Este o al Oeste ("Rusia es Rusia"), no es la dominante a nivel societal nacional, pero si es preponderante a nivel de todos los círculos gobernantes, llamados *Silovikis*, o sea los poderosos. Dada la actuación política exterior rusa, sobre todo desde marzo de 2014 y en el contexto de la crisis ucraniana y la anexión rusa de la Crimea y notando la alta popularidad de Putin y de la aparente y relativa estabilidad política de su "democracia", el neo-eurasiánismo marcará el destino geopolítico de Rusia al menos mientras Putin dirija la nación rusa constitucionalmente, es

decir hasta el 2024. El concepto y las sucesivas creaciones de la CEI ya en diciembre de 1991, la OTSC en mayo de 1992, la OCS en abril de 1996, y la UEE en enero de 2015 apuntan (con excepción de la OSC) hacia preservar en forma estructural-territorial la antigua influencia soviética a través de la influencia geopolítica y geo-estratégica de la Federación Rusa actual, extendiéndola a Eurasia (Bidlack, 2015; Molchanov, 2015; Kazantsev y Slepnev, 2014; Inozemtsev y Kuznezova, 2012; Bugajski, 2008).

Vale invocar en este contexto el significado histórico del credo de la zarina Catalina II (La Grande) de 1766, que Rusia es una potencia europea y del lema “autocracia, ortodoxia y nacionalismo”, ideado en 1833 por el ministro de educación Sergey Uvarov, como pauta para la política exterior (guerra de la Crimea 1854-56) del gobierno del zar Nicolás I. Ambos sirvieron y siguen sirviendo como paradigmas ideológicos para la política doméstica y exterior de Rusia. Yeltsin adoptó el credo de Catalina II en los 1990s y esa política fue continuada y reforzada por la ambición de Putin, repotenciada a partir de 2006, de consolidar la presencia rusa en la esfera europea y aquella eurasiática, a fin de explotar su potencial económico en eras de mayor poder geo-estratégico ruso más allá de Eurasia, en especial hacia Europa. El principal objetivo de Putin al implementar el “vector eurasiático” ruso no se limita a vigorizar y perpetuar la influencia rusa en Eurasia. Más allá de ello, Putin aspira mediante la “eurasianización” de Rusia convertirla en una alternativa económica y geo-estratégica viable e indispensable para Europa, “liberando” así a ésta de la influencia norteamericana y asegurando cierto control sobre los múltiples recursos tecnológico-científicos e industriales del Viejo Continente al servicio del desarrollo exponente y extra-regional de Rusia.

El imponente factor geo-económico chino

No obstante cierta viabilidad teórica del uso geopolítico de tal “vector eurasiático” por parte de Rusia, tanto dentro como fuera de los BRICS y de la OSC, existe otro factor que el Kremlin moscovita no dejará de considerar y de cuantificar en su cálculo geo-estratégico eurasiático, el cual ha de denominarse el “vector chino”. Independientemente de la planificación y actuación rusa, el rumbo y la calidad de las relaciones de Beijing con su entorno eurasiático obedecen a los intereses nacionales chinos, los cuales no se dejan alinear fácil y automáticamente con aquellos rusos (Bedeski y Swanström, 2015; Ming, 2014; Eder, 2013). Más bien el plan chino “Una Faja Una Ruta de Seda” para desarrollar aquellos países centro-asiáticos ubicados entre China y Europa bien puede ser el mayor y el más serio obstáculo hacia el crecimiento de Rusia oriental en Eurasia, puesto que el potencial chino para invertir y desarrollar la “Faja y la Ruta de Seda” es superior a aquella rusa.

El plan de desarrollo regional chino colectivamente denominado la “Faja y Ruta de Seda” fue dado a conocer por el mismo presidente de China, Xi Jinping, durante el Foro Económico de Boao, en la Provincia de Hainan, en marzo de 2015 y comprende tres pilares: “Ruta de Seda”, la “Faja Económica” y “Ruta Marítima de Seda” (Tiezzi, 2015). Este plan chino prevé alta cooperación china y los países sur-, sureste- y centro-asiáticos ubicados a lo largo de esas rutas, enfatizando proyectos preliminares de infra-estructuras estratégicas de modo que el volumen de intercambio comercial superará los US\$2.5 trillones dentro de una década. El plan de la “Faja y Ruta de Seda” ayudará considerablemente a maximizar la proeza económica de China en la esfera eurasiática, sin beneficiar directa y linealmente a la postura y proyección económica, y por ende, geopolítica rusa en esa misma región.

Es de esperarse que en el futuro próximo, los beneficios para Rusia de su cooperación, en particular energética, con China serán limitados, puesto que la relaciones sino-rusas reflejan en el espacio eurasiático un juego de suma-cero, es decir todo beneficio económico-geopolítico para China le resta a Rusia influencia y “poder suave”, sobre todo en su *Extranjero Cercano* centro-asiático tradicional. En el marco de los dos importantes acuerdos energéticos sino-rusos acordados en mayo y noviembre de 2014 por el orden de US\$400 billones, China se asegura suministros de gas natural por el orden de 30 millones de metros cúbicos de gas natural anualmente, mientras que Rusia se garantiza flujos de capital chino vital para su sistema financiero severamente afectado por las sanciones occidentales iniciadas en marzo de 2014 (Ming, 2014). En términos geopolíticos, Rusia reduce así su alta dependencia financiera de Europa, pero pierde alto grado de influencia allí y se somete más a la preponderancia económica china, debilitando de este modo su peso geopolítico en Eurasia y mermando su capacidad de usar su “vector eurasiático” para aumentar o hasta para mantener su influencia geo-estratégica en la esfera euro-atlántica.

La repotenciada y actualmente muy propagada cooperación sino-rusa es por ende de carácter asimétrico y beneficiará a la larga más a Beijing que a Moscú. Se estima que el objetivo de lograr un intercambio comercial bilateral por US\$200 millardos para el 2020 entre Rusia y China es a causa de varios factores económicos contrarios fuera de alcance, como el anticipado bajo rendimiento de las economías rusa y china, además de los inferiores precios de petróleo. Más allá de ello, el Lejano Oriente ruso bien podría estar engullido en una constante, de hecho ya iniciada afluencia de inmigrantes y capitales chinos. Con tan solo alrededor de 7.4 millones de habitantes en todo el Este ruso, las tres regiones rusas allí de Primorskaya, Khabarovskaya y Amur comparten una larga frontera de 4.210 kilómetros con la provincia china de Heilongjiang, la cual consta de más de 70 millones de habitantes, volviendo al Lejano Oriente ruso, que antes de la invasión cosaca en el siglo XVIII formaba parte del territorio de la dinastía china

Qing, en un espacio vulnerable al sobrepeso demográfico chino (Zeihan, 2015). Las autoridades rusas, para no dejar esa región en un estado desprotegido, han elaborado un plan de desarrollo, previendo inversiones por el orden de US\$53 millardos en el año 2020, incluyendo el proyecto de un puente sobre el río Amur de dos kilómetros conectando la ciudad rusa de Nizhnileninskoye con la china Tongjiang y cuya inauguración está prevista para diciembre de 2016.

La estrategia desarrollista del Kremlin moscovita para fortalecer el control central ruso sobre el Lejano Oriente ruso apunta, en última instancia, a un acto de equilibrio para Rusia: utilizar los múltiples recursos naturales y la proximidad geográfica del Lejano Oriente ruso al Asia para beneficiarse de las inversiones asiáticas, en particular aquellas chinas, pero sin permitir a la vez un sobrepeso demográfico y económico asiático allí. La Rusia eurasiática es de suma importancia geo-estratégica para la Rusia europea, no solo por su beneficiosa (y también peligrosa) cercanía económica y geopolítica al Noreste del Asia, sino también porque las dos crestas árticas submarinas rusas Lomonosov y Mendeleev forman parte del continente euroasiático, corroborando así y desde la perspectiva de Moscú, la afirmación jurídica y la reclamación territorial de Rusia a 1.2 millones de kilómetros cuadrados más de la plataforma del mar Ártico. En otras palabras y siguiendo al afirmación del Kremlin moscovita, sin su control político-territorial del Lejano Oriente ruso no habrá como justificar el reclamado control político-territorial ruso sobre la expansión de su zona económica en el Ártico y sus recursos naturales.

El ambiguo factor eurasiático-ruso en el euro-atlantismo y en sus instituciones

Ningún análisis del futuro potencial de una alianza ruso-alemana puede cumplirse sin considerar seriamente el contexto institucional euro-atlántico, sus fortalezas, sus debilidades, su funcionalidad y las oportunidades que esas características ofrecen para influir sobre la calidad de sus relaciones, en especial aquellas de Alemania, con Rusia. Vale primero abordar la interrogante de si Rusia es o no parte íntegra, sobre todo en el sentido político, socio-civilizatorio y geo-político, de Europa. Esta interrogante no ha perdido nada de su relevancia en ambos lados del trayecto fluvial del Volga (Bassin, 2015; Blinnikov, 2011). Geográficamente, y al igual que países como Turquía, Egipto y Kazajistán, Rusia es un país transcontinental, siendo ubicado en dos continentes. Pero políticamente, y sobre todo por los orígenes y factores históricos de su nacimiento centro-europeo en Rus de Kiev, por sus dinastías monárquicas relacionadas con diversas otras europeas, Rusia es un país europeo, aunque tenga los tres cuartos de su masa terrestre actual ubicada en el Asia, por su involucramiento histórico y actual en asuntos europeos.

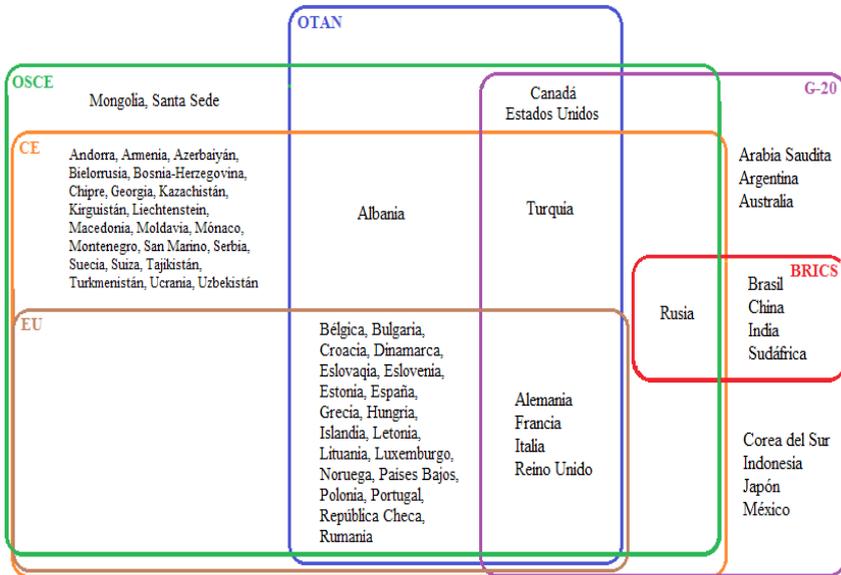
Debido a que más del 75% de su población siempre ha poblado la parte europea de Rusia, la orientación histórica, socio-geográfica, económico-industrial y política rusa siempre ha sido hacia Europa. Fue por su decisiva participación en la última fase de las guerras napoleónicas 1803-1815, y mayormente en el Congreso de Viena de 1814-15, que Rusia adquirió definitivamente sus credenciales europeas como un importante actor geopolítico continental. Este ya ampliamente reconocido y central papel fue reforzado por las dos guerras mundiales y la Guerra Fría y más aún en la post-Guerra Fría debido a su "liderazgo soviético del siglo XXI" bajo Vladimir Putin. Sin embargo, no todo europeo considera Rusia un país siquiera parcialmente europeo, enfatizando que las raíces históricas y biogenéticas de la población rusa y el fulcro geográfico de su enorme masa se encuentra más allá al Este del río Volga en tierras asiáticas.

De acuerdo al historiador ruso Pyotr Romanov, son las características individuales y colectivas muy particulares de los rusos que posibilitaron su exitosa resistencia a la invasión de los dos más poderosos imperios militares, es decir, a aquel de Napoleón Bonaparte y luego de Adolfo Hitler, valiéndose de "su robustez, su capacidad de unirse en tiempos de duras pruebas, esas enormes reservas de fuerza, la voluntad de sacrificio, y de su legendaria disposición a pagar el precio, siendo todo eso es asiático, no europeo" (Romanov, 2015a). Siendo un extenso Estado federado, la Rusia contemporánea se considera un país que puede ostentar dos identidades genuinas y complementarias: puede no ser ni europeo ni asiático, simple y llanamente Rusia, o eurasiático, es decir, una dimensión político-estatal, poblacional y territorial transcontinental, un puente inter-geopolítico, geocultural y civilizatorio.

Es mediante el factor eurasiático que Rusia quiere dejar su huella tanto en la Europa atlántica como en el Noroeste asiático, al servicio exclusivo de los intereses nacionales geo-estratégicos rusos, o sea proteger el tradicional *Extranjero Cercano* soviético de toda injerencia, ya sea estadounidense, euro-atlántica y/o asiática, o sea china, japonesa, o coreana. Tal factor dicta la necesidad imperiosa de que Rusia se involucre en toda esfera político-institucional, diplomática y/o económica y a todo nivel que sirva tales intereses. Es de anotar que la participación institucional rusa en Eurasia es relativamente alta (véase el Esquema Gráfico 1) comparada con su concurrencia institucional en la Europa atlántica. Mientras que Rusia ha sido fundadora de la CEI, la UEE y del OTSC, así como co-fundador de los BRICS y de la OSC, su presencia en el espacio euro-atlántico es mínima y se limita a aquellas instituciones pan-europeas que incluyen, en forma casi obligatoria, a cada país europeo, como las son la OSCE, el CE y la Sociedad para la Paz (SpP).

Al analizar el progreso de las iniciativas de la UE y de aquellas del Este europeo, incluyendo a Rusia, de carácter regional integrativo específico,

como el Espacio Económico Europeo (EEE), la Zona Schengen, la Política Europea de Vecindad (PEV), la Asociación Oriental de la UE (AOUE), Acuerdo de Colaboración y Cooperación UE-Rusia, el Acuerdo sobre los Cuatro Espacios Comunes UE-Rusia; observamos que aquellos acuerdos que apuntan a la colaboración bilateral rusa-UE no fueron exitosos, en especial la PEV y la AOUE, los cuales fueron y siguen siendo vistos por las élites rusas como una incursión amenazadora a la zona de influencia geopolítica rusa en el Este europeo (Zagorski, 2011). Sin embargo, la presencia institucional-multilateral de Rusia en la Europa atlántica se materializa principalmente y de modo influyente mediante su aporte al G-20, donde figuran Alemania, Francia, Italia, el Reino Unido y la misma UE como *drivers* europeos, aparte de los Estados Unidos y de los demás miembros de los BRICS. El Esquema Gráfico 2 demuestra a continuación el entrelazamiento institucional-multilateral de Rusia con la Europa atlántica:



Esquema Gráfico 2: Los vínculos institucional-regionales de los países euro-atlánticos.

Rusia no ha sido ni indiferente ni aislada de los intentos a buscar arreglos multilaterales de seguridad en Europa en sus dos partes: la euro-atlántica y la eurasiática. Ya para junio de 2008, y en su discurso en Berlín ante líderes parlamentarios, partidistas y de agrupaciones sociales, el entonces presidente de la FR, Dmitri Medvedev, propuso un nuevo orden se seguridad en Europa. Específicamente, Medvedev planteó sustituir la estructura actual euro-atlántica por una arquitectura de seguridad más inclusiva para toda la región de la OCSE que abarca el principio de la indivisibilidad de la

soberanía y seguridad en el marco del control armamentista, adelantando en efecto un tratado de renuncia al uso de fuerza militar en Europa (Zagorski, 2010:45; Kühn, 2010:4-6; Schneider-Deters, 2008; Kortunow, 2010). La Iniciativa Medvedev, como llegó a conocerse el plan propuesto en el año 2008 por el presidente ruso, no ocultaba el rechazo ruso a la expansión de la OTAN hacia el Este europeo y a la influyente presencia de los Estados Unidos en el Atlantismo y la excesiva injerencia de los mismos en el orden de seguridad europeo, ya sea hacia el lado asiático o al atlántico, aspirando limitar esta influencia e injerencia a un mínimo aceptable para Moscú.

Este orden, también llamado doctrina, de seguridad pan-europea de Vancouver a Vladivostok, adelantando por Medvedev, se re-planteó en noviembre de 2009 en una versión más formal para codificar las fronteras entre la OTAN y Rusia, para buscar el reconocimiento implícito, si no explícito por parte de la alianza euro-atlántica del derecho de Rusia a su *Extranjero Cercano* y para establecer vinculantes “reglas de juego” en Europa en pro de la paz y la estabilidad regional (Krickus, 2012; Mützenich, 2010; Spanger, 2011b; Schneider-Deters, 2008). Dado que la segunda y más concreta versión de la Iniciativa Medvedev se materializó después de la guerra ruso-georgiana de agosto de 2008 y de la subsiguiente suspensión de las actividades del Consejo OTAN-Rusia, esa segunda versión quedó desatendida por la comunidad euro-atlántica. En el año 2010 habían abogado por incluir a Rusia en la OTAN en aras de contra-balancear el emergente bloque asiático liderizado por China en un contexto mundial cada vez más multi-polarizado, con eminentes expertos alemanes de seguridad como Klaus Naumann, Frank Elbe y Volker Rühle. Pero esas voces quedaron mitigadas por la posición rusa, simbolizada en aquel entonces por la declaración de Dmitri Rogozin, el representante ruso ante la OTAN, que siendo una gran potencia, Rusia “no se une a coaliciones, sino las crea”.

Esta relativa lejanía institucional rusa de la Europa atlántica no significa que Rusia no tenga influencia sobre Europa. Más bien la injerencia rusa en Europa es omnipresente, aunque sea por aspectos negativos, tal como la anexión rusa de la Crimea en marzo de 2014 y la vigente crisis ucraniana, el estancamiento en la Asociación Estratégica entre la UE y Rusia, la controversia con la OTAN/Estados Unidos por la radicación de misiles anti-misiles de esta superpotencia en Europa, además de los dos atollados tratados: sobre las Fuerzas Armadas Convencionales en Europa (FACE) y sobre los Misiles Antibalísticos (ABM). Viene al caso que el aumento en 2014 y 2015 del presupuesto militar ruso por 8% (tercer lugar después de los Estados Unidos y China), y de los ejercicios militares y enfrentamientos fronterizos aéreos y navales indirectos entre unidades militares rusas y las de la OTAN, no ayudan a disminuir las tensiones político-militares en Europa. Además, el rechazo de Putin de la propagación de los valores y presiones europeas en pro de los derechos humanos y la libertad de prensa en Rusia y el obvio re-arme ruso agregan más aspectos negativos que no

solo exasperan las relaciones ruso-euro-atlánticas, sino también evidencian la incapacidad de las instituciones euro-atlánticas a influir decisivamente sobre Rusia.

Igualmente, la influencia inspiradora ruso-putinista, o sea la *putimanía*, sobre los diversos movimientos políticos nacionalistas en Europa, variando de la izquierda (Alexis Tsipras de Grecia) hasta la derecha (Viktor Orbán en Hungría, Jörg Haider en Austria y Marine Le Pen de Francia) sobre la base del anti-americanismo y de la euro-fobia, está manifestándose de modo sistemático y alarmante para las democracias occidental-tradicionales del Viejo Continente, sus valores y para la cohesión geopolítica del euro-atlantismo. Esto sucede no tanto por la vertiente ideológica del *putinismo*, su rol inspirador a favor de autocracias supuestamente más eficaces y por el apoyo político ruso correspondiente a los partidos anteriormente señalados, sino también y, en especial, por la posibilidad del financiamiento mediante fondos rusos de los mismos (Laruelle y Akçali, 2015; Baker y Erlanger, 2015; Caryl, 2015).

Por el otro lado, la *putimanía* tiene sus defensores, dentro y fuera de Rusia, señalando la necesidad de contar con liderazgo decisivo y efectivo en aras de unir a un país “bajo ataque” y “rodeado de sistemas hostiles” (Arutunyan, 2014; King, 2014; Roxburgh, 2013). Esta línea de argumentación razona que Rusia como país y sociedad es diferente en lo socio-cultural, valores, idiosincrasia y actitudes políticas y que no se puede ni juzgar ni tratar en base a las nociones occidentales y euro-atlánticas (Romanov, 2015b). Tal discurso explicativo y justificativo a la vez, más el argumento de que Rusia es “diferente”, ambos proactivamente difundidos por las autoridades y medios de comunicación rusas, sirven para escudar una postura y una política exterior destinada a proteger a Rusia de valores y políticas occidentales y euro-atlánticas que el *putinismo* gobernante considera amenazadora para su estabilidad y permanencia sistémica; refugiándose y enfocándose en el eurasiatismo y en un cristianismo ortodoxo eslavófilo más apto políticamente para las élites *silovikis* rusas.

Para el otoño de 2015, Rusia no está en una posición económica, financiera e industrial competitiva ante el Occidente euro-atlántico, y no por motivos coyunturales, sino por los efectos posteriores de la transición en los 1990s de una economía de planificación centralizada a una nueva, radical y súbitamente re-estructurada de mercado libre (Graham, 2013; Ledeneva, 2013). Rusia se encuentra para finales del 2015 expuesta a los altibajos de los precios del crudo, a las sanciones de la UE y de los Estados Unidos, necesitada de vender su gas natural a una Europa que no está de acuerdo con los valores político-gubernamentales ruso-putinistas, y más que nunca dependiente de una China por sí misma vulnerable a los cambios en la economía internacional. Al Kremlin moscovita le queda como opción viable, en lo geopolítico, expandir hacia el norte ártico (Laruelle,

2014; Tamnes y Offerdal, 2014) y el este eurasiático con todos los riesgos de no poder contrabalancear (con India y Pakistán) a China y terminar siendo amansada por ésta, inclusive territorialmente, por ésta (Kanet y Sussex, 2015; Lane y Samokhvalov, 2015; Fredholm, 2013). Otra opción, paralela y no excluyente, para la actuación geopolítica rusa es debilitar al transatlantismo política y estructuralmente para crear y consolidar el ámbito geopolítico estable ruso en Europa occidental frente a una mínima presencia e influencia estadounidense.

Desde que Putin anunció en su discurso de Múnich en febrero de 2007, que la caída de la URSS ha sido la tragedia geopolítica más grande del siglo XX, Moscú no perdió tiempo en reforzar el frente de su poder suave a nivel europeo y más allá del mismo y, en parte, para contrarrestar los efectos negativos de la terapia de choque de los 1990s. Aunque el poder suave ruso actualmente no se considera significativo, comparado con aquel del británico o el norteamericano (McClory, 2015; Basulto, 2015; Valeriano y Maness, 2015), el estado ruso persigue una definida y consistente política mediática regional y mundial, tanto radial, cibernética como televisiva, diseñada para divulgar el punto de vista moscovita de los vigentes eventos y tendencias políticas y convencer a sus destinatarios y en sus idiomas. Las Brigadas Web rusas, también llamadas en idioma inglés el troll army, como la Agency for Internet Studies y el Internet Research, logran penetrar a diario miles de sitios web a nivel mundial para invocar los argumentos de Moscú en cuanto a la crisis ucraniana y difundir las argumentaciones rusas (Walker, 2015; Van Herpen, 2015).

Aparte de la campaña mediática, tanto convencional-tradicional como cibernética, la influencia rusa a nivel euro-atlántica se observa de modo indirecto, hoy por hoy, a nivel de los partidos y movimientos políticos europeos de tolda extrema, ya sea de derecha o de izquierda, cuya tendencia general es populista, euro-escéptica y anti-americana. Abunda en la prensa occidental información sobre los nexos organizacionales y financieros entre el partido gobernante ruso “Yadinaya Rassiya” (Rusia Unida) y varios partidos europeos, mayormente de la derecha, en Austria (Partido de la Libertad), Alemania (Alternativa para Alemania y Partido Democrático Nacional de Alemania), Frente Nacional Francés, los partidos Jobbik (Hungría) y Ataka (Bulgaria), y la Unión Rusa Letona; aparte del bloque Izquierda Unitaria Europea/Izquierda Verde Nórdica en el parlamento Europeo, y los partidos ingleses Europa de la Libertad y Democracia Directa, así como los dos partidos griegos Amanecer Dorado y Syriza, entre otros, agregándoles además 76 diputados europeos pro-rusos un total de 751 miembros del Parlamento Europeo (Braw, 2015; Krekó, 2015; Paterson, 2014).

El siguiente mapa (Mapa 1) pretende desplegar gráficamente las zonas de la influencia ideológica, política y socio-cultural, y por ende geopolítica y geo-estratégica, de la Rusia putinista en Europa. No ha de desestimar

la relevancia de la estrategia del Kremlin moscovita de maximizar e instrumentalizar su poder suave mediático, etno- y socio-cultural para lograr su objetivo de debilitar la cohesión estructural y funcional de las instituciones europeas multilaterales, en particular la UE, OTAN y la OSCE. El Kremlin aspira debilitar las instituciones euro-atlánticas que puedan oponer y efectivamente frenar la consolidación de la influencia geopolítica rusa en Europa. Esta estrategia rusa apunta, en particular, a mermar la presencia y el predominio estadounidense en Europa entera en pro de reestablecer el *Extranjero Cercano* ruso a costa de la soberanía de los estados europeos fronterizos, es decir, de Finlandia, Noruega, Estonia, Letonia y Lituania, Bielorrusia, así como de Rumanía, Bulgaria, Georgia y Turquía, siendo esos últimos cuatro países costeros del Mar Negro y con obligaciones institucionales con la UE y/o con la OTAN. Es importante señalar que el Mapa 1 de elaboración propia detalla la influencia geo-estratégica rusa a nivel de los aspectos etno-eslavo-cultural (azul), eslavo-cultural (cian), político-partidista (azul-amarillo), etno-minoritario (azul-naranjado), así como gasífero-energético (azul-morado):



Mapa 1: Distribución territorial y tipológica de la influencia geopolítica rusa en Europa.

- Zona de influencia rusa etno-eslavo-cultural
- Zona de influencia eslavo-cultural
- Zona de influencia rusa político-partidista
- Zona de influencia rusa etno-minoritaria
- Zona de influencia rusa gasífera

Conclusiones: ¿Quo vaditis Rusia y Alemania, Este u Oeste, por separado, juntas o (bien) acompañadas?

Apartando el peso político y militar de los Estados Unidos en la Europa atlántica contemporánea, ninguna potencia europea es actualmente tan relevante para el futuro desarrollo del Viejo Continente como Alemania y ninguna potencia eurasiática es tan vital para avanzar, detener o hasta descarriar este desarrollo como la Rusia putinista. La ubicación céntrica y el peso económico de Alemania, le ponen en una posición de liderazgo indispensable para el futuro de todos los países europeos, dentro y fuera del contexto de la UE. Rusia es igualmente indispensable para el futuro de Europa por su ubicación eurasiática y su riqueza en recursos naturales. Una cooperación bilateral mutuamente beneficiosa es una realidad y la intensificación y consolidación de tal cooperación es cuestión de tiempo; dada la interdependencia recíproca ruso-alemana en materia de producción industrial alemana y asegurar rentas gasíferas y petroleras estables para Rusia, y una vez acordado un *modus vivendi* político europeo aceptable para todas las partes involucradas y afectadas.

En efecto, justo este deseado *modus vivendi* es aceptable para todas las partes involucradas y afectadas. El mismo representa a la larga el objetivo estratégico común de la parte euro-atlántica de Eurasia, si no fuera por las diversas presiones y motivos políticos domésticos de cada país y por el controvertido y conflictivo *modus operandi* que sus respectivos líderes aplican selectivamente para lograr sus metas individuales. El primer ministro del Reino Unido en 1874-80, Benjamin Disraeli, sabiamente observó que “no tenemos ni amigos ni enemigos eternos, tan solo intereses eternos”. Los intereses nacionales geo-estratégicos alemanes y rusos coinciden y se complementan en gran medida, pese a que los dos pertenecen a campos enfrentados, inclusive militarmente, en lo ideológico, político-sistémico y socio-cultural. Pero los imperativos categóricos en materia económica e industrial exigen una priorización de metas e intereses nacionales que obligan a unos cuantos decisores a sacrificar ciertos valores, criterios y/u objetivos a favor de logros, a menudo de corto y mediano plazo, con dividendos políticos propicios inmediatos, ya sean electorales, en el caso de democracias funcionales, o de legitimidad deficiente en el caso de autocracias populistas.

Rusia resurge en la escena regional y mundial como una nación eslava-ortodoxa-eurasiática, re-sovietizada políticamente, re-potenciada militarmente, revisionista ideológicamente y bajo liderazgo autocrático, popular, y aparentemente estable. Alemania, a cambio, es una democracia tradicional y potencia económico-industria exitosa, pero frenada a menudo en su actuación exterior por los factores políticos poderosos internos, e especial por la combinación del consenso partidista y de la opinión pública articulada, omnipresente y exigente en materia de valores y actitudes

civilizadas y responsables. Ambos necesitan considerar su respectivo entorno geopolítico e institucional regional en aras de concebir y planificar una política exterior racional minimizante en consecuencias negativas y maximizantes de riesgos, preferiblemente de larga duración con beneficios de toda clase. Es allí donde observamos que el contexto institucional regional afecta a cada uno de un modo diferente en cuanto a libertad de acción. Alemania se encuentra más restringida en sus opciones de políticas y de acciones por sus múltiples compromisos tanto con los Estados Unidos (OTAN) y con la integración europea (UE, PSDC), como con toda Europa (OSCE).

Pero las estructuras y funcionalidades multilaterales inter-europeas y las relaciones inter-europeas más allá de la UE y de la OSCE no le ofrecen a Alemania un diagnóstico alentador en cuanto a su posible perdurabilidad, estabilidad y confiabilidad. Las múltiples crisis que Europa ha enfrentado, hasta la fecha, han sido productos de discordias (Grexit, manejo de refugiados, crisis ucraniana y aquella siria), que dejan considerables dudas en cuanto a la capacidad de las estructuras y de los procesos europeos multilaterales de enfrentar, más efectiva y exitosamente, éstas y futuras vicisitudes desestabilizadoras. Se puede hablar inclusive de una “Euro-sclerosis” coyunturalmente estructural que mengua la efectividad ejecutiva de la UE. De allí que se materializa para Berlín una tentadora y viable opción de disminuir sus compromisos multilaterales a favor de establecer y cultivar nuevos acuerdos bilaterales potencialmente más provechosos, aunque ello signifique colaborar con países que no cumplen con los criterios europeos en lo que a derechos humanos y valores democráticos se refiere, logrando plasmar, mediante una posible asociación estratégica con Rusia, un componente eurasiático que compense la merma de la integración europea.

Al observar el crecimiento de la subjetiva desilusión de varios miembros de la UE con su rendimiento como ente multilateral ante crisis como la financiera de Grecia, de los refugiados del Medio Oriente, de Ucrania o del espionaje electrónico por parte de la *National Security Agency* estadounidense, crece en Alemania la preocupación de que países decepcionados como Grecia, Bulgaria e Inglaterra optarán por otras vías bilaterales y extra-europeas, permitiéndole indirectamente a Rusia aparecer como una alternativa asequible para bilateralismos ruso-europeos inmediatistas, pero ventajosos. De allí que el supuesto ingreso planeado de Bulgaria a la UEE y la posible salida de Inglaterra de la UE, así como acuerdos bilaterales entre países europeos extra-UE, como Serbia y Turquía con Rusia, hace pensar que todos esos países simbolizan en conjunto el talón de Aquiles de la UE, no necesaria y linealmente a favor de Rusia, pero si facilitan al objetivo estratégico ruso de debilitar la UE como ideal político-integrativo y de hacer emerger a Rusia como una alternativa bilateral atractiva para países europeos decepcionados de la UE.

Por otra parte, y aplicando razonamientos y criterios kremlinologistas, la actuación de Putin 2.0 hacia Europa está más libre que aquella alemana en lo institucional-regional, pero a la larga es la más comprometida y arriesgada para una Rusia debilitada en lo estructural-económico y en la relación demográfico-espacial ante su vecino oriental chino en pleno crecimiento, aunque frenado, económico e industrial y con ambiciones y capacidades continentales imponentes. Rusia tiene, en comparación con Alemania, menos ataduras y compromisos ideológicos, político-domésticos e institucional-externos multilaterales en su esfera eurasiática, creándose así más libertad de actuaciones, inclusive militares o “híbridas”, acorde a sus intereses geopolíticos inmediatos y geo-estratégicos. Pero mientras la posición de Rusia como “fuerza forjadora” en Europa se refuerza ante el debilitamiento político de la UE, su posición en Eurasia se hace más vulnerable ante China, de modo que a Moscú le conviene a la larga forjar una asociación estratégica con Alemania para así reforzar el componente euro-atlántico de Rusia y compensar así la depreciación de su componente eurasiático ante China.

En un mundo cada vez más caracterizado por un aminorado liderazgo estadounidense mundial y un creciente multilateralismo multi-céntrico, la perspectiva desde el Kremlin moscovita es que los Estados Unidos ya no es el garante de la seguridad occidental tan confiable que era antes. Los pocos y dudosos logros de la política de “re-seteo” norteamericano ante Rusia desde sus inicios en 2008 solo han convencido a las élites rusas alrededor de Putin que la década del 2010 es propicia para implantar una Rusia más asertiva en Europa a costa de la presencia estadounidense, explotando el vacío dejado allí por la (algunos dirían excesiva) ocupación y preocupación de los Estados Unidos por el Medio Oriente. Para Rusia, una UE debilitada, una China consumida en su “Faja y Ruta de Seda” y una superpotencia estadounidense distraída es una valiosa oportunidad de des-americanizar, “des-otanizar” y eurasiatizar a la vez a Europa, creando un vacío geopolítico propenso y portuno a imponer sus intereses geopolíticos en su (de nuevo) *Extranjero Cercano*. Una “Euroslavia” dominada por Rusia sería entonces un sueño distante, aunque parte del mismo pueden ser realidad geopolítica europea.

Precisamente de esta realidad geopolítica europea surgieron la guerra ruso-georgiana en agosto de 2008 y la anexión rusa de la Crimea en febrero de 2014. Aparte de debilitar a la UE y a la OTAN, otro importante premio geo-estratégico para Rusia de la incorporación de la Crimea a su territorio es agrandar su dominio del Mar Negro, siendo este el principal enlace geográfico marítimo más directo entre Asia Central con sus abundantes recursos naturales y Europa sedienta de los mismos, convirtiendo a Rusia en un socio estratégico más atractivo, tanto para China como para Alemania. Al apoderarse de la Crimea, Rusia domina no solo la masa terrestre de esa península, sino de un área marítima tres veces más grande y dotada de inmensas riquezas naturales. Otros premios para Rusia como el de la Crimea pueden abrir el camino para más incursiones rusas en la

esfera euro-atlántica a costa de la presencia norteamericana en Europa y de la integridad y funcionalidad de una UE y OTAN que aparecen cada vez menos aptas y menos capaces de proteger a los intereses de los países que tanto anhelan pertenecer a las mismas.

Referencias bibliográficas

- ARON, Leon y JENSEN, Kenneth M. 1994. *The Emergence of Russian Foreign Policy*. United States Institute of Peace.
- ARON, Leon. 2015. "Putinology". *American Interest*. Vol. 11. Nº 1. En: <http://www.the-american-interest.com/2015/07/30/putinology/>. Fecha de consulta: 24 de agosto de 2015.
- ARUTUNYAN, Anna. 2014. *The Putin Mystique*. Olive Branch Press.
- BAHR, Egon. 2015. "Kooperative Existenz. Für eine Verantwortungspartnerschaft mit Moskau und Washington". *Blätter für deutsche und internationale Politik*. Vol. 60. Nº 5. Pp. 87-96.
- BAKER, Peter y ERLANGER, Steven. 2015. "Russia Wields Aid and Ideology Against West to Fight Sanctions". *New York Times*. 07.06.2015. En: http://www.nytimes.com/2015/06/08/world/europe/russia-fights-west-ukraine-sanctions-with-aid-and-ideology.html?hp&action=click&pgtype=Homepage&module=first-column-region®ion=top-news&WT.nav=top-news&_r=0. Fecha de consulta: 24 de agosto de 2015.
- BALDWIN, Jennifer. 2013. *Germans from Russia*. Millenia Corporation.
- BASSIN, Mark *et. al.*, (eds.). 2015. *Between Europe and Asia: The Origins, Theories, and Legacies of Russian Eurasianism*. University of Pittsburgh Press.
- BASULTO, Dominic. 2015. "The strange rise and fall of Russian soft power". *Russia Direct*. 31.07.2015. En: <http://www.russia-direct.org/opinion/strange-rise-and-fall-russian-soft-power>. Fecha de consulta: 12 de agosto de 2015.
- BECKWITH, Christopher I. 2011. *Empires of the Silk Road: A History of Central Eurasia from the Bronze Age to the Present*. Princeton University Press.
- BEDESKI, Robert y SWANSTRÖM, Niklas. 2015. *Eurasia's Ascent in Energy and Geopolitics: Rivalry or Partnership for China, Russia, and Central Asia?* Routledge.

- BELLERS, Jürgen. 2015. Entrevistado por el autor por vía de correo electrónico en fecha 12 de septiembre de 2015.
- BIDLACK, Richard. 2015. *Russia and Eurasia 2015-2016*. Rowman & Littlefield Publishers.
- BLINNIKOV, Mikhail S. 2011. *A Geography of Russia and its Neighbors*. The Guilford Press.
- BONSE, Eric. 2015. "Europa tickt deutsch". *Blätter für deutsche und internationale Politik*. Vol. 60. Nº 3. Pp. 5-8.
- BRAW, Elisabeth. 2015. "Putin Seeks to Influence Radical Parties in Bid to Destabilise Europe". *Newsweek*. 09.01.2015. En: <http://www.newsweek.com/2015/01/16/putins-envoys-seek-influence-european-radicals-297769.html>. Fecha de consulta: 27 de agosto de 2015.
- BUGAJSKI, Janusz. 2008. *Expanding Eurasia: Russia's European Ambitions*. Center for Strategic & International Studies.
- CARYL, Christian. 2015. "Why Vladimir Putin is the leader other autocrats wish they could be". *Foreign Policy*. 13.02.2015. En: http://foreignpolicy.com/2015/02/13/new-model-dictator-putin-sisierdogan/?utm_source=Sailthru&utm_medium=email&utm_term=*Editors%20Picks&utm_campaign=2014_EditorsPicksRS2%2F13. Fecha de consulta: 24 de agosto de 2015.
- CITINO, Robert M. 2005. *The German Way of War: From the Thirty Years' War to the Third*. University Press of Kansas.
- CLOVER, Charles. 1999. *Dreams of the Eurasian Heartland: The Reemergence of Geopolitic*. *Foreign Affairs*. Marzo/Abril. En: <https://www.foreignaffairs.com/articles/asia/1999-03-01/dreams-eurasian-heartland-reemergence-geopolitics>. Fecha de consulta: 18 de agosto de 2015.
- CONCA, James. 2014. "Does Russia Think Their New Nuclear Weapons Could Win A War?" *Forbes/Energy*. 20.11.2014. En: <http://www.forbes.com/sites/jamesconca/2014/11/20/could-russias-new-nuclear-weapons-win-world-war-iii/>. Fecha de consulta: 12 de septiembre de 2015.
- CONRAD, Matthias. 2011. *NATO-Russia Relations Under Putin: Emergence and Decay of a Security Community*. Lit Verlag.
- CSPP/The Levada Center. 2015. "Russia Votes". *Centre for the Study of Public Policy University of Strathclyde/The Levada Center*. En: http://www.russiavotes.org/president/yeltsin_public_opinion.php. Fecha de consulta: 29 de julio de 2015.

- DAWISHA, Karen. 2014. Putin´s Kleptocracy: *Who Owns Russia?* Simon & Schuster.
- DEUTSCHE WIRTSCHAFTS NACHRICHTEN. 2015. "Ukraine: USA wollen Allianz Deutschlands mit Russland verhindern". *Deutsche Wirtschafts Nachrichten*. 17.03.2015. En: <http://deutsche-wirtschafts-nachrichten.de/2015/03/17/ukraine-usa-wollen-allianz-deutschlands-mit-russland-verhindern/>. Fecha de consulta: 15 de agosto de 2015.
- DONALDSON, Robert H. y NOGEE, Joseph L. 2014. *The Foreign Policy of Russia: Changing Systems, Enduring Interests*. M. E. Sharpe.
- DUGIN, Alexander. 2015. *Eurasian Mission: An Introduction to Neo-Eurasianism*. Kindle Edition/Arktos.
- DUGIN, Alexander. 2012. *The Fourth Political Theory*. Kindle Edition/Arktos.
- EDER, Thomas S. 2013. *China-Russia Relations in Central Asia: Energy Policy, Beijing´s New Assertiveness and 21st Century Geopolitics*. Springer VS.
- EPPLER, Erhard. 2015. "Demütigung als Gefahr. Russland und die Lehre der deutschen Geschichte". *Blätter für deutsche und internationale Politik*. Vol. 60. Nº 7. Pp. 69-77. En: <https://www.blaetter.de/archiv/jahrgaenge/2015/juli/demuetingung-als-gefahr>. Fecha de consulta: 17 de julio de 2015.
- EVANS, Chris. 2006. *Eurasia*. Hard Press.
- EWERS, Philipp. 2015. *Putin verstehen?: Russische Außen- und Sicherheitspolitik der Ära Wladimir Putin*. Edition Berolina.
- FENENKO, Alexey. 2015. "After Ukraine: The potential for conflict between Russia and NATO". *Russia Direct*. 03.02.2015. En: <http://www.russia-direct.org/analysis/after-ukraine-potential-conflict-between-russia-and-nato>. Fecha de consulta: 25 de julio de 2015.
- FISCHER, Violette. 2008. *Die Wandlungen der NATO-Politik Russlands: Zur Erklärung der mehrfachen Wandlungen der NATO-Politik*. Vdm Verlag Dr. Müller.
- FREDHOLM, Michael, ed. 2013. *The Shanghai Cooperation Organization and Eurasian Geopolitics: New Directions, Perspectives, and Challenges*. Nordic Institute of Asian Studies.

- FRIEDMAN, George. 2015. *Flashpoints: The Emerging Crisis in Europe*. Kindle Edition/Doubleday.
- FRÖHLICH, Stefan. 2008. "Deutsche Außen- und Sicherheitspolitik im Rahmen der EU". *Aus Politik und Zeitgeschichte*. N° 43. Pp. 15-21. En: <http://www.bpb.de/apuz/30892/aussen-und-sicherheitspolitik>. Fecha de consulta: 29 de julio de 2015.
- GAIDAR, Yegor. 2012. *Russia: A Long View*. The MIT Press.
- GASSENSCHMIDT, Cristoph. 1999. *Von der Revolution und der Partei getauscht: Die Autonome Sozialistische Sowjetrepublik der Wolgadeutschen, 1924-1941*. Kulturstiftung der Deutschen Vertriebenen.
- GRAHAM, Loren. 2013. *Lonely Ideas: Can Russia Compete*. The MIT Press.
- HALUANI, Makram. 2009. "La asociación estratégica Unión Europea-Federación Rusa: Factores favorables, condiciones mitigantes y perspectivas inciertas". *Reflexión Política*. Vol. 11. N° 21. Pp. 44-65. En: <http://www.redalyc.org/pdf/110/11011851004.pdf>. Fecha de consulta: 13 de agosto de 2015.
- HASTINGS, Max. 2007. "A blundering Bush, Tsar Putin, and the question: will we, in this century, have to fight Russia?" *Mail Online*. En: <http://www.dailymail.co.uk/news/article-459919/A-blundering-Bush-Tsar-Putin-question-century-fight-Russia.html>. Fecha de consulta: 3 de agosto de 2015.
- HEADLEY, James. 2013. "Is Russia out of Step with European Norms? Assessing Russia's Relationship to European Identity, Values and Norms through the Issue of Self-Determination". Natasha Kuhrt (ed.). *Russia and the World: The Internal-External Nexus*. Routledge. Pp.35-56.
- HEISER, James D. 2014. "The American Empire Should Be Destroyed": *Alexander Dugin and the Perils of Immanentized Eschatology*. Repristination Press.
- HERZINGER, Richard. 2015. "Für Putin gibt es überhaupt keine Regeln". *Die Welt*. 27.06.2015. En: <http://www.welt.de/politik/ausland/article143143982/Fuer-Putin-gibt-es-ueberhaupt-keine-Regeln.html>. Fecha de consulta: 13 de agosto de 2015.
- HILL, Fiona y GADDY, Clifford G. 2013. *Mr. Putin: Operative in the Kremlin*. Brookings Institution Press.

- HÖSLE, Vittorio. 2015. "Macht und Espansion. Warum das heutige Russland gefährlicher ist als die Sowjetunion der 70er Jahre". *Blätter für deutsche und internationale Politik*. Vol. 60. Nº 6. Pp. 101-110.
- INOZEMTSEV, Vladislav y KUZNEZOVA, Ekaterina. 2012. Putins unnützes Spielzeug. Moskaus Eurasische Union ist Ausdruck geopolitischen Wunschdenkens. *Internationale Politik*. Nº 1. Enero/Febrero. Pp. 78-87. En: <https://zeitschrift-ip.dgap.org/de/ip-die-zeitschrift/archiv/jahrgang-2012/januar-februar/putins-unn%C3%BCtzes-spielzeug>. Fecha de consulta: 29 de agosto de 2015.
- JANNING, Josef. 2015. "German foreign policy and the EU: Leader by default?" European Council on Foreign Relations. En: http://www.ecfr.eu/article/commentary_german_foreign_policy_and_the_eu_leader_by_default420. Fecha de consulta: 24 de agosto de 2015.
- JUDAH, Ben. 2014. *Fragile Empire: How Russia Fell In and Out of Love with Vladimir Putin*. Yale University Press.
- KAISER, Philipp. 2014. *Emigration to and from the German-Russian Volga Colonies*. CreateSpace.
- KALB, Marvin. 2015. *Imperial Gamble: Putin, Ukraine, and the New Cold War*. Brookings Institution Press.
- KANET, Roger E. y SUSSEX, Matthew. 2015. *Russia, Eurasia and the New Geopolitics of Energy: Confrontation and Consolidation*. Palgrave Macmillan.
- KAZANTSEV, Andrei y SLEPNEV, Andrei. 2014. "Eurasia: Russia's Link to Europe and Asia". *Russia Direct*. Monthly Memo. Marzo. En: <file:///C:/Users/lander001/Pictures/Documents/EurasiaRussiaMarch2014.pdf>. Fecha de consulta: 25 de junio de 2015.
- KING, Marcus S. 2014. *The War against Putin: What the Government-Media Complex Isn't Telling You about Russia*. Create Space Independent Publishing Platform.
- KLUSMANN, Uwe *et. al.* 2009. "NATO's Eastward Expansion: Did the West Break Its Promise to Moscow?" *Der Spiegel*. En: <http://www.spiegel.de/international/world/nato-s-eastward-expansion-did-the-west-break-its-promise-to-moscow-a-663315.html>. Fecha de consulta: 24 de agosto de 2015.
- KOCH, Fred C. 1999. *The Volga Germans: In Russia and the Americas, from 1763 to the Present*. Pennsylvania State University Press.

- KORTUNOW, Sergej. 2010. "Die neue europäische Sicherheitsarchitektur". *Internationale Politik und Gesellschaft*. N° 2. Pp. 79-93. En: http://library.fes.de/pdf-files/ipg/ipg-2010-2/07_a_kortunow_d.pdf. Fecha de consulta: 14 de julio de 2015.
- KRASTEV, Ivan y LEONARD, Mark. 2015. "Europe's Shattered Dream of Order. How Putin is Disrupting the Atlantic Alliance". *Foreign Affairs*. Vol. 94. N° 3. Pp. 48-58. En: <https://www.foreignaffairs.com/articles/western-europe/2015-04-20/europes-shattered-dream-order>. Fecha de consulta: 29 de julio de 2015.
- KRASTEV, Ivan. 2014. "Russian Revisionism: Putin's Plan for Overturning the European Order", *Foreign Affairs*, Marzo. En: <https://www.foreignaffairs.com/articles/russia-fsu/2014-03-03/russian-revisionism>. Fecha de consulta: 14 de julio de 2015.
- KREKÓ, Péter *et. al.* 2015. *Institute of Modern Russia/Political Capital Institute*. 03.08.2015. En: <http://imrussia.org/en/analysis/world/2368-europes-new-pro-putin-coalition-the-parties-of-no>. Fecha de consulta: 27 de agosto de 2015.
- KRICKUS, Richard J. 2012. *Medvedev's Plan: Giving Russia a Voice but not a Veto in a New European Security System*. BiblioGov.
- KRONE-SCHMALZ, Gabriele. 2015. *Russland Verstehen*. C.H.Beck.
- KÜHN, Ulrich. 2010. "Medvedev's Proposals for a New European Security Order: A Starting Point or the End of the Story?" *The Quarterly Journal*. Vol. 9. N° 2. Pp. 1-16. En: http://connections-qj.org/system/files/09.2.01_kuhn.pdf. Fecha de consulta: 29 de agosto de 2015.
- KUNDNANI, Hans. 2015. *Leaving the West Behind: Germany Looks East*. *Foreign Affairs*. Vol. 94. N° 1. Pp. 108-116. En: <https://www.foreignaffairs.com/articles/western-europe/leaving-west-behind>. Fecha de consulta: 28 de junio de 2015.
- KUZEMKO, Caroline *et. al.* (eds). 2012. *Dynamics of Energy Governance in Europe and Russia*. Palgrave Macmillan.
- LANE, David y SAMOKHVALOV, Vsevolod, (eds.). 2015. *The Eurasian Project and Europe: Regional Discontinuities and Geopolitics*. Palgrave Macmillan.
- LARUELLE, Marlene y AKÇALI, Emel. 2015. *Eurasianism and the European Far Right: Reshaping the Europe-Russia Relationship*. Palgrave Macmillan.

- LARUELLE, Marlene. 2014. *Russia's Arctic Strategies and the Future of the Far North*. Routledge.
- LARUELLE, Marlene. 2012. *Russian Eurasianism: An Ideology of Empire*. Johns Hopkins University Press.
- LEDENEVA, Alena V. 2013. *Can Russia Modernise?: Sistema, Power Networks and Informal Governance*. Cambridge University Press.
- LESSENICH, Stephan. 2010. "Die Kosten der Einheit". Bundeszentrale für politische Bildung. 30.03.2010. En: <http://www.bpb.de/geschichte/deutsche-einheit/lange-wege-der-deutschen-einheit/47534/kosten-der-einheit?p=all>. Fecha de consulta: 10 de agosto de 2015.
- LINK, Werner. 2015. "Gemeinsame Führung und die Kultur der Zurückhaltung in der deutschen Außenpolitik". *Zeitschrift für Außen- und Sicherheitspolitik*. Vol. 8. Nº 1. Pp. 289-312.
- LYNCH, Allen. 2011. *Vladimir Putin and Russian Statecraft*. Potomac Books.
- MAMMEY, Ulrich y SCHIENER, Rolf. 1998. *Zur Eingliederung der Aussiedler in die Gesellschaft der Bundesrepublik Deutschland: Ergebnisse einer Panelstudie des Bundesinstituts für Bevölkerungsforschung*. VS Verlag für Sozialwissenschaften.
- MANKOFF, Jeffrey. 2012. *Russian Foreign Policy: The Return of Great Power Politics*. Rowman & Littlefield Publishers, Inc.
- MATTOX, Gale y RACHWALD, Arthur R., (eds.). 2001. *Enlarging NATO: The National Debates*. Lynne Rienner Publications.
- MCAULEY, Mary. 2015. *Human Rights in Russia: Citizens and the State from Perestroika to Putin*. I. B. Tauris.
- MCFAUL, Michael. 2001. *Russia's Unfinished Revolution: Political Change from Gorbachev to Putin*. Cornell University Press.
- MCCLORY, Jonathan. 2015. *The Soft Power 30. A Global Ranking of Soft Power*. Portland Communications. En: http://softpower30.portland-communications.com/pdfs/the_soft_power_30.pdf. Fecha de consulta: 24 de agosto de 2015.
- MING, Shi. 2014. "Rusia y China: ¿Aliados-rivales? Geopolítica de los acuerdos por el gas". *Nueva Sociedad*. Nº 253. Pp. 177-186. En: http://nuso.org/media/articulos/downloads/4061_1.pdf. Fecha de consulta: 24 de agosto de 2015.
- MOLCHANOV, Mikahil A. 2015. *Eurasian Regionalisms and Russian Foreign Policy. The International Political Economy of New Regionalisms*. Ashgate.

- MÜLLER-BRANDECK-BOCQUE, Gisela. 2011. "Deutschlands bilaterale Beziehungen im Rahmen der EU", Thomas Jäger *et. al.*, (eds.). *Deutsche Außenpolitik*. VS Verlag für Sozialwissenschaften. Pp. 605-629.
- MÜNKLER, Herfried. 2015a. "Deutschland als Zentralmacht Europas". *Neue Gesellschaft/Frankfurter Hefte*. N° 7/8. Pp. 54-56.
- MÜNKLER, Herfried. 2015b. Entrevistado por el autor por vía de correo electrónico en fecha 21 de septiembre de 2015.
- MURRELL, Geoff D. G. 1997. *Russia's Transition to Democracy: An Internal Political History, 1989-1996*. Sussex Academic Press.
- MÜTZENICH, Rolf. 2010. "Security with or against Russia? On the Russian Proposal for a "European Security Treaty". *Internationale Politik und Gesellschaft*. N° 2. Pp. 65-78. En: http://www.rolfmuetzenich.de/_pdf/ipg_20.04.10_EN.pdf. Fecha de consulta: 13 de agosto de 2015.
- MYERS, Steven Lee. 2015. *The New Tsar: The Rise and Reign of Vladimir Putin*. Knopf.
- NÜNLIST, Christian. 2014. "Mehr Verantwortung? Deutsche Aussenpolitik 2014". *CSS Analysen zur Sicherheitspolitik*. Center for Security Studies. N° 149, Marzo. Pp.1-4. En: <http://www.css.ethz.ch/publications/pdfs/CSSAnalyse149-DE.pdf>. Fecha de consulta: 13 de agosto de 2015.
- OGANESYAN, Armen. 2015. "A Trap for Germany?" *International Affairs* (Moscú). Vol. 61. N° 2. Pp. 56-59. Olikier, Olga *et. al.* 2009. *Russian Foreign Policy: Sources and Implications*. RAND Corporation.
- OSTALSKI, Andrei. 2007. "The Russia that Yeltsin left behind". BBC Russian Service. 27.04.2007. En: <http://news.bbc.co.uk/2/hi/europe/6596343.stm>. Fecha de consulta: 29 de julio de 2015.
- PATERSON, Tony. 2014. "Putin's far-right ambition: Think-tank reveals how Russian President is wooing – and funding – populist parties across Europe to gain influence in the EU". *The Independent*. 25.11.2014. En: <http://www.independent.co.uk/news/world/europe/putins-farright-ambition-thinktank-reveals-how-russian-president-is-wooing--and-funding--populist-parties-across-europe-to-gain-influence-in-the-eu-9883052.html>. Fecha de consulta: 29 de julio de 2015.
- PLESZCZYNSKI, Wladyslaw. 2002. *Our Brave New World: Essays on the Impact of September 11*. Hoover Institution Press.

- PRADETTO, August. 2015. "Ost-West-Beziehungen und deutsche Außenpolitik seit der Wiedervereinigung", *Bundeszentrale für politische Bildung*. <http://www.bpb.de/>, 07.08.2015. En: <http://www.bpb.de/apuz/210551/ost-west-beziehungen-und-deutsche-aussenpolitik-seit-der-wiedervereinigung?p=all>. Fecha de consulta: 29 de julio de 2015.
- ROMANOV, Pyotr. 2015a. Why Russia Isn't Part of Europe. *The Moscow Times*. 02.07.2015. En: <http://www.themoscowtimes.com/opinion/article/why-isnt-russia-part-of-europe-op-ed/524933.html>. Fecha de consulta: 12 de agosto de 2015.
- ROMANOV, Pyotr. 2015b. "Russia Won't be Rushed by the West". *The Moscow Times*. 30.07.2015. En: http://www.themoscowtimes.com/opinion/article/russia-wont-be-rushed-by-the-west-op-ed/526542.html?utm_source=email_tmt-editorial&utm_medium=email&utm_campaign=55-issue-2015-08-01&utm_content=title_8. Fecha de consulta: 31 de Julio de 2015.
- ROXBURGH, Angus. 2013. *The Strongman: Vladimir Putin and the Struggle for Russia*. I. B. Tauris.
- SAKWA, Richard. 2014. *Putin Redux: Power and Contradiction in Contemporary Russia*. Routledge.
- SAROTTE, Mary Elise. 2014. "A Broken Promise? What the West Told Moscow about NATO Expansion". *Foreign Affairs*. Septiembre-Octubre. En: http://www.foreignaffairs.com/articles/141845/mary-elise-sarotte/a-broken-promise?cid=nlc-foreign_affairs_this_week-082814-a_broken_promise_4-082814&sp_mid=46845006&sp_rid=bWhhbHVhbmlAdXNiLnZlSo. Fecha de consulta: 17 de julio de 2015.
- SCHNEIDER, Eberhard. 2015. Entrevistado por el autor por vía de correo electrónico en fecha 19 de septiembre de 2015.
- SCHNEIDER-DETERS, Winfried *et. al.* 2008. Hrsg. *Die Europäische Union, Russland und Eurasien. Die Rückkehr der Geopolitik*. Berliner Wissenschaftsverlag.
- SHEVTSOVA, Lilia y WOOD, Andrew. 2011. *Change or Decay: Russia's Dilemma and the West's Response*. Carnegie Endowment for International Peace.
- SHEVTSOVA, Lilia F. 2007. *Russia--lost in Transition: The Yeltsin and Putin Legacies*. Carnegie Endowment for International Peace.

- SILBEREISEN, Rainer *et. al.*, (eds.). 1999. *Aussiedler in Deutschland: Akkulturation von Persönlichkeit und Verhalten*. VS Verlag für Sozialwissenschaften.
- SOCOR, Vladimir. 2009. Russia-Germany: an Asymmetric 'Strategic Partnership'. *Eurasia Daily Monitor*. Vol. 6. N° 142. En: [http://www.jamestown.org/programs/edm/single/?tx_ttnews\[tt_news\]=35314&cHash=1740d16aa4#.VfvfRjD6KSo](http://www.jamestown.org/programs/edm/single/?tx_ttnews[tt_news]=35314&cHash=1740d16aa4#.VfvfRjD6KSo). Fecha de consulta: 14 de agosto de 2015.
- SPANGER, Hans-Joachim. 2011a. "Die deutsche Russlandpolitik". Jäger, Thomas *et. al.*, (eds.). *Deutsche Außenpolitik*. VS Verlag. Pp. 648-672.
- SPANGER, Hans-Joachim. 2011b. "Mehr als Tauwetter? Russland und die gesamteuropäische Sicherheit". *Internationale Politik und Gesellschaft*. N° 1. Pp. 42-64. En: http://library.fes.de/pdf-files/ipg/ipg-2011-1/2011-1__05_a_spanger.pdf. Fecha de consulta: 13 de agosto de 2015.
- STENT, Angela E. 2014. *The Limits of Partnership: U.S.-Russian Relations in the Twenty-First Century*. Princeton University Press.
- STUERMER, Michael. 2010. *Putin and the Rise of Russia*. Pegasus.
- SUKHOV, Ivan. 2015. "Russians Must Forget the Past and Think Ahead". *The Moscow Times*. 05.08.2015. En: http://www.themoscowtimes.com/opinion/article/russians-must-forget-the-past-and-think-ahead-op-ed/527053.html?utm_source=email_tmt-editorial&utm_medium=email&utm_campaign=55-issue-2015-08-06&utm_content=title_9. Fecha de consulta: 7 de agosto de 2015.
- SZABO, Stephen F. 2015. *Germany, Russia, and the Rise of Geo-Economics*. Bloomsbury Academic.
- TAMNES, Rolf y OFFERDAL, Kristine. 2014. *Geopolitics and Security in the Arctic: Regional Dynamics in a Global World*. Routledge.
- TAYLOR, Brian D. 2011. *State Building in Putin's Russia: Policing and Coercion after Communism*. Cambridge University Press.
- TIEZZI, Shannon. 2015. "Where Is China's Silk Road Actually Going?". *The Diplomat*. 30.03.2015. En: <http://thediplomat.com/2015/03/where-is-chinas-silk-road-actually-going/>. Fecha de consulta: 20 de agosto de 2015.
- TIMMERMANN, Heinz. 1992. "Russian foreign policy under Yeltsin: Priority for integration into the 'community of civilized states'". *Journal of Communist Studies*. Vol.8. N° 4. Pp.163-185.

- TRENIN, Dmitri V. 2011. *Post-Imperium: A Eurasian Story*. Carnegie Endowment for International Peace.
- TRETYAKOV, Vitalii. 2013. "Russian Foreign Policy Concept: A Talented Play for Talented Actors". *International Affairs* (Moscú). Vol. 59. Nº 1. Pp. 41-51.
- UMLAND, Andreas, (ed.). 2007. *Verflechtungen der deutschen und russischen Zeitgeschichte: Aufsätze und Archivfunde zu den Beziehungen Deutschlands und der Sowjetunion von 1917 bis 1991*. Ibidem.
- UNTERSEHER, Lutz. 2015. Entrevistado por el autor por vía de correo electrónico en fecha 18 de septiembre de 2015.
- VALERIANO, Brandon y MANESS, Ryan. 2015. *Russia's Coercive Diplomacy: Energy, Cyber, and Maritime Policy as New Sources of Power*. Palgrave Macmillan.
- VAN HERPEN, Marcel H. 2015. *Putin's Propaganda Machine: Soft Power and Russian Foreign Policy*. Rowman & Littlefield Publishers.
- VAN HERPEN, Marcel H. 2014. *Putin's Wars: The Rise of Russia's New Imperialism*. Rowman & Littlefield Publishers.
- VOIGT, Karsten. 2014. "Kein Zurück zum Konzert der Großmächte Eine deutsche Russlandpolitik über die Köpfe unserer Nachbarn hinweg nährt alte Ängste und neue Spannungen". *Internationale Politik und Gesellschaft*. 26.05.2014. En: <http://www.ipg-journal.de/schwerpunkt-des-monats/europaeische-ostpolitik/artikel/detail/kein-zurueck-zum-konzert-der-grossmaechte-411/>. Fecha de consulta: 13 de mayo de 2015.
- WALKER, Shaun. 2015. "Salutin' Putin: inside a Russian troll house. Former workers tell how hundreds of bloggers are paid to flood forums and social networks at home and abroad with anti-western and pro-Kremlin comments". *The Guardian*. 02.04.2015. En: <http://www.theguardian.com/world/2015/apr/02/putin-kremlin-inside-russian-troll-house>. Fecha de consulta: 29 de agosto de 2015.
- WEGREN, Stephen K. 2012. *Return to Putin's Russia: Past Imperfect, Future Uncertain*. Rowman & Littlefield Publishers.
- WHITE, Stephen *et. al.*, (eds.). 2014. *Developments in Russian Politics 8*. Duke University Press Books.
- ZAGORSKI, Andrei. 2011. "Eastern Partnership from the Russian Perspective". *Internationale Politik und Gesellschaft*. Nº 3. Pp. 41-61.

- ZAGORSKI, Andrei. 2010. "The Russian Proposal for a Treaty on European Security: From the Medvedev Initiative to the Corfu Process." Zellner, Wolfgang, (ed.). OSCE Yearbook 2009. Nomos. Pp. 43-59
- ZEIHAN, Peter. 2015. "Analysis: Russia's Far East Turning Chinese". ABC News. 14.07.2015. En: <http://abcnews.go.com/International/story?id=82969>. Fecha de consulta: 19 de agosto de 2015.



UNIVERSIDAD
DEL ZULIA

CUESTIONES POLÍTICAS

Vol.32 N°56

*Esta revista fue editada en formato digital y publicada en junio de 2016, por el **Fondo Editorial Serbiluz**, Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela*

www.luz.edu.ve
www.serbi.luz.edu.ve
produccioncientifica.luz.edu.ve